



EL TESTAFERRO DEL DIABLO

OSCAR IRIARTE


ELPERRO
yLARANA

EL TESTAFERRO DEL DIABLO

Oscar Iriarte

Fundación Editorial



elperroylarana

© Autor Oscar Iriarte

© El Testaferro del Diablo

© Fundación Editorial El perro y la rana, 2020

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.

Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399.

comunicaciones@fepr.gob.ve

editorialelperroylarana@fepr.gob.ve

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve/mppc/

Sistema de Editoriales Regionales, (Aragua)

Dirección: Av. principal Las Delicias, Universidad Pedagógica

Experimental Libertador, Edificio de la

Biblioteca Virtual, piso N°1, Maracay edo. Aragua.

aragua.ser.fepr@gmail.com

Edición al cuidado de:

Jonathan Rojas

Ilustración de portada:

Ángel Martínez

Depósito Legal: DC2020001021

ISBN: 978-980-14-4715-3

EL TESTAFERRO DEL DIABLO

Oscar Iriarte

El Sistema de Editoriales Regionales es un proyecto editorial impulsado por el Ministerio del Poder Popular para la Cultura, a través de la Fundación Editorial El perro y la rana. Este sistema se ramifica por todos los estados del país, donde funciona una editorial que le da paso a la publicación de autoras y autores, principalmente inéditos. Tiene como objetivo fundamental brindar una herramienta esencial en la difusión de ideas y saberes que contribuyan a la consolidación del Poder Popular: el libro, como documento y acervo del pensamiento colectivo.

**EL TESTAFERRO DEL
DIABLO**

Allá, zigzagueando, como jugando a perderse en el horizonte imperecedero y diáfano; así van los caminos entre los pastizales, acompañados por Martín y sus sueños de recoger historias en todos los puertos. Ramón, nativo del lugar, compartía su travesía, indio, aunque su piel se veía negra, imperceptible al calor del sol.

—Cubano, cuando llegue la noche, te llevaré a ver peleas de gallo que jamás olvidarás.

Martín lo escuchaba, a la vez que contemplaba la hermosura aterciopelada casi difusa de las praderas

—¿No me escuchas? —preguntó Ramón un poco exaltado al tanto que le empujaba por el hombro.

—¡Si te estoy escuchando! —respondió con serenidad, a la vez que volteaba para mirarlo.

—¿Qué te hace pensar que no he visto buenas galleras? He visto peleas de gallos en Puerto Rico, en la Habana, y en muchos puertos. ¡Tengo suerte para apostar al ganador!

El crepúsculo aun no llegaba, cuando comenzaron a verse rostros y algunas casas de los

nativos. Martín, ciertamente había visitado muchos lugares del caribe, pero Caracas era diferente, era seco y frío a la vez.

Nunca antes se había sentido tan forastero como esa tarde bajo un cielo relativo, que ya no era blanco, ni azul, ni gris, era un púrpura despidiendo a un rojizo brochado, luchando con el amarillo del sol, que ya estaba por despedir un fresco día.

Caminaron unos cinco kilómetros, se detuvieron una y otra vez para refrescarse en algunos riachuelos, que como venas abiertas bañaban con su torrente de vitalidad las tierras tropicales del valle caraqueño.

Así siguieron hasta llegar al primer caserío, Martín hubiese querido saber lo que pensaban aquellos rostros que tanto le observaban.

—Estas llamando la atención de todos —afirmo Ramón —Salúdalos.

Y de esa manera, Martín levantó tímidamente su mano y comenzó a saludar. Tiempo más tarde la noche cayó por completo y una inmensa brisa comenzó a acariciar toda la sabana.

—Parece que va a llover —dijo Martín sujetando su sombrero.

—No lo creo —agregó Pedro, o mala suerte como lo llamaban.

De pronto se escuchó venir un caballo, arrastrando una desarticulada carreta de dos ruedas.

El horizonte estaba negro, porque lo empañaban nubes muy bajas, dando un efecto impresionante de contornos tenebrosos y particularmente misteriosos.

—Tápate la cara con el sombrero del cubano.

Le ordenó Ramón a Pedro, quien rápidamente le arrebató el sombrero para colocárselo hundido hasta las orejas y con el ala a la nariz, de modo tal que solo podía ver el polvo orientado camino. El hombre de la carreta se detuvo.

—¿Pasa por el próximo caserío?

Le preguntaron a gritos, al momento que dejaban ver una botella con miche, y sin pensarlo un segundo más, el hombre de la carreta exclamó a voces.

—Vamos, yo también voy a apostar a los gallos.

La serenata allá en los charcos, dejó de escucharse para dar paso al tropel de caballos y soldados que pasaron por su derecha quebrantando la calma del lugar.

Transcurría la segunda mitad de un año con muchas confrontaciones políticas, caudillos y

terratenientes dominaban la Patria, los movimientos armados en contra del gobierno central se resteban cada vez más, los impuestos eran consumidos por los gastos asignados a la seguridad del Estado, la guerra había cesado y por primera vez se sentía seguridad en el gobierno donde aristócratas como Alfonso López Vicente Obando, Cruz Carrillo y Piero acompañaban al presidente Miguel Carabaño.

Esa noche en el congreso, se discutía *El Programa Federal de Manifiesto*, documento de carácter político, un pacto declarado en la conformación del Estado Nacional. Treinta diputados, y el presidente de la República aprobaron con fe plena el programa.

—Se nombrarán expediciones y los enemigos del gobierno serán perseguidos y ejecutados.

Concluyó rotundamente Miguel Carabaño ante la atención de todos.

Desde los asientos de la sala, los copiosos comentarios holgazanes se cuchicheaban, y se elaboraron prejuicios sobre actitudes de algunos presentes. Al general Roberto Mora Mora, la esposa del diputado Cruz Carrillo lo calificó como “sirviente dependiente del presidente del congreso”. A la primera dama la llamaron seguido

de sus pareceres “una elocuente presumida” y al ministro del interior lo juzgaron por su enclenque y manchado rostro. Si se afeitara el pelo que tiene en la cara quedaría como un cadáver.

Piero y su apariencia distinguida, no escaparon de aquel grupo de mujeres falaces.

—La que está de brazos con el presidente del congreso, es su querida.

A lo que alguien exclamó.

—¡Es la hija del general Jorge Correría Chuecos!

Otra voz arremetió atropellando.

—Los hombres la llaman vulgarmente “la dama rosada” ¡Es una prostituta!

Así continuaron por largo rato arrojando su veneno sobre los presentes.

Por su parte López comprendía la utilidad de este programa dictado en magna fecha. El tratado había sido firmado y la guerra de los últimos ocho años cesó junto con las hostilidades. La familia Carabaño se mantenía en la presidencia y eso lo beneficiaba, un escalón que quedó atrás. Morillo, Sáez, Carrillo, López, y algunos otros con sus caras de concreto, observaban mientras el presidente del congreso presentaba su improvisado discurso.

—Nuestros sacrificios, son con la nueva República y esto lo entendí con suma fatiga y grandiosos peligros. Para conocer el valor de los pueblos es preciso ir a las batallas con ellos, y eso lo repetirá la historia por las generaciones del futuro, no pretendo adornar mi discurso con frases hinchadas de expresiones y atractivos ajenos, pero ajustado al conocimiento estoy, que no hay espíritu en esta audiencia que no sea capaz de defender con su último aliento “el programa federal de manifiesto”, por la seguridad del gobierno del presidente Miguel Carabaño.

Así de esa manera continuó el discurso entre tonos efusivos y otras veces erguidos, el general Luis Barrios fue el primero en aplaudir, esto se dio lugar en *La Hacienda Palacios*.

Mientras tanto en las lejanías la gallera llena como siempre, la carreta llegaba y el carretero jalo con fuerza las cuerdas para detener el carruaje <<Todo parecía normal >> al instante un incidente arruinó la carreta y esta se fue a un lado.

—¡¡¡Carajo!!! ¿Qué paso? —gritaron al unísono.

—La rueda se partió al pegar con las piedras de la entrada.

Respondió alguien que lo observó todo desde el umbral de la puerta. El cubano se levantó como

pudo, Ramón no sufrió caída, Pedro aún tirado en la tierra ya no tapaba la cara con el sombrero, el carretero lo vio, mejor dicho, le clavo la mirada.

—¡Carajo! Muchacho del coño, si hubiera sabido que eras tú, no te monto en mi carreta. Replicó con furia aquel baquiano indignado al ver su carreta arruinada.

Quizás faltaba mucho para la media noche, pues había niños en las calles, jugando a la guerra. Cuatro fogatas alumbraban el largo patio a la gallera, Martín lo detalló todo; un hombre le daba cachetadas a su gallo para que éste enfureciera aún más, la talanquera verdaderamente fuerte, soportaba el empuje de la gente y de un hombre que contaba las monedas de las apuestas. De pronto se escuchó una voz que resaltó a todas.

—Mala suerte, si apuestas a mi gallo te mato.

El dueño del gallo sostenía un largo cuchillo, y continuó amenazando con tan solo mirar.

Los gallos fueron lanzados al terreno, uno negro y el otro amarillo con plumas anaranjadas, una pelea como todas, donde un contrincante sale vencedor. El gallo de plumas naranjas le sacó un ojo a su contrincante.

—¡Ese es mi gallo! —gritó un mulato al otro extremo.

La última pelea de la noche siempre es la mejor, con las mejores apuestas.

—El gallo negro no pierde —murmuró Pedro, para verlo caer sobre su propia sangre herido de muerte.

—¡Pobre gallito negro! —comentó una hermosa dama, tan fresca como la brisa del mar, quien quedó prendada de Martín desde que lo vio entrar.

—Yo te sugiero que no te le acerques mucho a esa muchacha —dijo Ramón.

—¿Por qué? —interrogó Martín encogiendo las sienas —es muy bonita y no es rara como las demás.

—¡Cuidado cubano! Esa muchacha es la hija de doña Carmela.

—¿Y? No me importa quién sea su

Pero Ramón no lo dejó terminar de hablar para imponerle.

—Doña Carmela es la dueña de todo el miche, y su hijo es un asesino.

La conversación perduró al compás de los copleros, alrededor de otra botella de miche. Pero de pronto Ramón quedó pálido. Martín no comprendía nada, ocho hombres cruzaron el umbral.

—¿Qué pasa? ¿Por qué te asustas? —
interrogó rápidamente.

—Tranquilo cubano, son los peones de doña Carmela. El que tiene la vaina cruzada en el pecho es el hermano de la muchacha.

Todo continuo placentero, Juan José, hijo de Carmela, logro ver a Carmen que acompañaba a Graciela y posteriormente a ésta y se acercó a la mesa donde compartían.

—¿Qué haces aquí Graciela? —preguntó tajante.

La muchacha expresó angustia con la órbita de sus ojos y respondió titubeante.

—Vine a acompañar a Carmen a cobrar el miche al señor Domini.

—¿Ya lo cobraste?

A lo que respondió

—Si —con un gesto.

—¡Pues vete ya! —culminó cortando el viento con su rejo al señalar la puerta, para luego retirarse de lugar.

Era obvio, no había nada que explicar. Ciertamente corría peligro si pretendía a la hija de Carmela.

—Ves lo que te digo cubano —dijo Ramón con preocupación.

—No me importa, me gusta y yo creo que le gusto. Se ríe de todo lo que digo.

—Todas las mujeres son así —insistía Ramón.

El litigio por los argumentos razonables se detuvo.

—¡¡¡Basta!!! —gritó Pedro golpeando la mesa —Déjalo quieto. No te das cuenta que eso ya se le pasara mañana.

Martín lanzó una mirada sobre Pedro como un gancho. Respiro profundo y cambio el tema por un comentario acusador.

—Por tu culpa perdí mis monedas.

—Solo a ti se te ocurre apostar al mismo animal que mala suerte —concluyó con la risa de todos

En los grandes dominios de la naturaleza costera jamás ha salido tarde el sol.

En la República de Venezuela, la ciudad de Caracas crecía entre un verde y templado valle, regado por ríos muy fríos.

Aunque el oro que venia del sur despertaba codicias entre traficantes y comerciantes, han sido las reses el primer negocio que ha traído a más comerciantes europeos e isleños del caribe en la última década. *El Toro* la hacienda de Piero,

simbolizaba la mayor parte de la sabana. Se recostaba con el mar por toda la franja norte, donde la empalizada misma de la montaña trancaba el paso.

Al sur las comunidades, los caminos para salir al puerto, latifundistas, caseríos de la región y llanos infinitos, haciendas de café, maíz, platanales y otros tenientes de reses que ocupaban la región este, otras tierras no rentables se perdían en el horizonte sin propietarios.

—Fue por ahí donde los patriotas entregaron al Generalísimo a los españoles. Si continuamos unas horas más dejaremos de pisar este valle verde y posiblemente pisaremos una arenilla anaranjada de otra región, mi papá dice que un francés explorador y geógrafo recibirá la encomienda del levantamiento de un mapa completo del país con todos sus datos geográficos,

Aquello se daba lugar en las sabanas abiertas de las afueras de Caracas, José Antonio comentaba a un grupo de peones que le acompañaban al tanto que la cuesta de la montaña al norte dejaban salir a aquél quien calienta la llanura, las aguas del mar, las montañas, la espalda de los nativos y el lomo de las bestias.

Mientras tanto, en otras comarcas se asomaba el río a lo lejos, las cataratas caían de lo más alto para reventar en las rocas y salpicar la fauna. Martín se dejaba caer desde una mediana altura para luego salir rápido a la orilla. Pedro con su cuchillo afilaba una lanza. Graciela jugaba entre las cataratas y el pozo. Carmen preparó los pescados.

—Faltan varios días para la celebración del Corpus Cristi en mi pueblo —comentó Ramón

—¿Y cómo se celebra eso?

Martín miraba fijamente el pescado que se comía a dentelladas cuando formuló la pregunta.

—Si tú quieres, vamos para que conozcas a los diablos danzantes.

Propuso Pedro al momento que el cubano y Graciela se alejaban de la mirada de todos.

—Háblame de ti —propuso Graciela.

Pero él no quería contar mayor cosa y de una mirada evasiva dijo:

—Mejor empieza tú. Las damas siempre deben ir primero.

—Está bien —dijo —soy la hija de doña Carmela, todos la conocen, es la única que comercializa con el “miche”. Aunque los cañaverales son de un hombre que dice ser mi papa.

Mientras tanto, a lo lejos, Ramón le comentaba a Pedro, hundido cada vez más en su preocupación.

—¿Lo ves mala suerte? hay están enamorándose y eso es muy grave.

Y mientras eso se conversaba, Martín le besó la mano a Graciela, recogieron algunas cosas. Un largo tronco servía de puente acompañado de algunas ramas. Graciela paso primero, posteriormente Carmen y el último de todos en cruzar fue Pedro mala suerte, poco a poco, paso a pasito, así como los anteriores, la mitad ya estaba recorrida, pero de pronto traqueo el tronco y se partió por la mitad, mala suerte cayó al río y con él los trozos de tronco y las ramas. No fue difícil para Pedro dominar la situación y llegar a la orilla.

Ya toda Caracas conocía la noticia, la firma del tratado era el final de la guerra de los últimos años, el episodio histórico con la mayor grandeza de América, la lucha por la definición y la significación social de Venezuela, la guerra federal había terminado. Fue de teja en teja de paraje en paraje, de caserío en caserío, por las orillas del mar hasta las haciendas de los ricos.

Varios días habían transcurrido. En la hacienda de López, Piero era el tema central

de discusión nuevamente, el joven Benjamín Morillo, economista graduado en la academia de la Universidad de Caracas, intimaba a su padre y algunos otros burgueses con sus conceptos de igualdad, con una cualidad impresionante de oratoria, pero que dio paso a un comentario un poco tosco.

—Cuando los italianos desembarcan en el puerto para comprar grandes cantidades de pieles, antes de saludar preguntan por la hacienda *El Toro*. El joven Morillo hizo una observación por todo el pleno del salón y con el mismo aplomo continuo.

—Si alguno de ustedes no reconoce que el bastardo de su hijo a hurtado en sus tierras, es por lealtad al Presidente Carabaño.

El Diputado Vicente Obando dio un largo sorbo a la copa de vino para luego decir.

—Este muchacho está exacerbado, esta siento víctima de su propia ira, no podemos asegurar que sea la gente de Piero quienes asaltan y roban en nuestros fundos Yo mismo he capturado algunos y nada tienen que ver con el primer presidente del congreso, lo que si tenemos que reconocer es que este delito creció mucho más con la liberación de los negros y para ninguno aquí es un secreto que Piero se opuso hasta que casi le cuesta la vida.

Todos lo observaron con acento, el viejo Morillo se sintió ofendido por las palabras del Diputado Obando ante su hijo.

—¡Señores! me parece que en este lugar se respira un aire a oposición en contra del gobierno de Carabaño —concluyó Obando con una frase consumidora.

—No por Dios Diputado Obando ¿Cómo puede pensar eso? si alguien se opone a este gobierno nosotros mismos lo aplastaríamos.

—!No se hable más de esto! —interrumpió Marcos Contreras —aprovechemos la ocasión de estar reunidos, para oficializar el casamiento de mi hija con el economista Benjamín Morillo.

Se propinaron brindis y aplausos entre encantadoras y ahogadas risas. Mientras en la casa del Presidente Miguel Carabaño, su esposa doña Teresa le servía el café, la tarde hacia frondosa su nueva aparición, engalanando cual paleta de un pintor, el lienzo de los cielos, con su juego de colores.

—Si alguien ha estado con este gobierno desde que se desencadenó la guerra, ha sido Piero, fue él quien formuló los artículos del tratado y los recogió a la constitución, y los federales terminaron aceptando su derrota —y recalcó una frase con

seguridad —los Carabaño han permanecido en el poder gracias a él, que ha sabido controlar a los milicianos revoltosos, tú mismo lo has dicho repetidas veces, “es muy inteligente”.

—Ese es el problema mi señora —le interrumpió la adulación —es muy inteligente, sabe negociar, sabe identificar al traidor y maneja con precisión los hilos de la política. Cuando venga el geógrafo Francés voy a enviarlo a la región de los Andes para que baje la tensión entre los miembros del congreso.

—¡No, miguel Carabaño! —propuso exaltada la primera dama —necesitas a Piero a tu derecha, recuerda que hace años tu padre casi comete el mismo error y la guerra casi se le fue de las manos. Él combatió con el lenguaje de la razón, consolidando el partido. Sin él tú no hubieses recibido la presidencia de manos de tío Alberto.

En los sucesivos días se precipitaron los cielos, las gotas humedecieron los campos, el viento anduvo soplando sobre la sabana y en la orilla de la playa, los ojos café de Graciela brillaban fulgurantes <<era el persuasivo aroma del amor>>, Graciela y Martín, tumbados sobre la arena debajo del infinito firmamento.

*“Niña, mi niña, niña color caramelo,
el mar, el cielo, tus pies se hunden
en la arena,
te veo tan linda y tierna.*

*La noche, el viento, niña color caramelo.
la luna ríe, la brisa silva, mientras yo canto, te
canto.*

Niña, mi niña color caramelo”

—¿Quién te enseñó a cantar así? —
preguntó Graciela.

—¿A cantar? —sí —correspondió la
damisela.

—Un día comprendí, que las canciones
pueden acariciar lugares que las manos no
alcanzan.

Martín se levantó, arrancó una rama seca
y comenzó a escribir en la arena lo más cerca al
agua.

<<Dicen que no,

Pero tus labios exclamaron con sufrimiento

Tus manos exigieron distancia

Tus ojos me interrogaron con acento

Mientras tu cabello escalonaba el viento

Fue un sueño al claro oscuro y no entiendo

Pues entre la bruma tu aroma siento>>

Y el mar lo arropó.

—Lo va a borrar el agua —gritó con angustia Graciela.

—Cuando el mar lo borra, es porque se lo ha guardado en su corazón.

Le respondió. Se pusieron de pie y ambos comenzaron a correr por la orilla de la playa jugueteando con las olas.

—¿Qué es el amor Martín?

A lo que Martín respondió eufóricamente.

—¡El amor es un conjunto de sentimientos invencibles y de pasiones irrevocables!

Así continuo esa noche, donde el romanticismo y el amor danzaban junto a Martín y Graciela acompañados de la belleza excelsa de la naturaleza.

Una nueva mañana se presentó para el presidente Miguel Carabaño, se recibió el empréstito solicitado a Inglaterra, dos millones de libras esterlinas para cubrir el déficit del gobierno, con la única garantía de las principales aduanas de la Republica. Reforzar la armada era ahora su deber y rumbo a Italia partió la encomienda por armas modernas.

La comisión encargada fue dirigida por el primer presidente del congreso, el Sr. Piero De Loiza, de manera que existían varias razones para

celebrar. Allá en *El Toro* dos terneros se trajeron, el polvo se levantaba y dos peones abrieron la alambrada, Pancho saltó la talanquera para sujetar al rumiante en sus dos cuernos y echarlo al suelo, Joaquín bajó del caballo, sacó su cuchillo y lo incrustó en la nuca del toro, el otro dio más trabajo, pero no tardó Pancho en repetir la osadía. No era para menos, más de dos metros de altura quizás acompañaban a Pancho, junto a unos cien kilos de humanidad.

—¡Brindo por ese negro! —gritó Piero a mandíbula batiente —que traigan miche para todos.

Continuaba la exaltación, producto ciertamente de su estado de ánimo. Luego se encerró en un salón de la hacienda *El Toro*. Piero, de este hombre se quiere referir su agilidad en la política, su virtud que siempre le acompañaba, además de tener un buen aspecto físico, sus teorías y su proyecto país, fueron con el tiempo construyendo la fortaleza y confianza en un partido.

Es posible que entre los edecanes de aquel gobierno existieran sujetos más cínicos e hipócritas, pero difícilmente con la tez virtuosa del primer presidente del congreso.

Anuncié que Piero se reunió en un salón en privado, allí comenzó a desarrollarse una conversación con otro hombre. Joven, alto, de buen perfil, de aspecto intelectual con características tal vez londinense o de San Petersburgo, al que llamaba repetidas veces “compadre”.

—Compadre, a la larga todo salió como usted me advirtió, los federales terminaron aceptando mis condiciones y hemos firmado un tratado de paz, ahora la Patria se encamina a un nuevo rumbo y pronto seré presidente de la República.

Hizo una breve pausa para sacar algo de su bolsillo y prosiguió.

—Compadre aquí tengo en mi mano la lista de los indemnizados por el gobierno, ahora que la guerra terminó, Carabaño quiere beneficiar bajo decreto a quienes lucharon con nosotros, y para eso utilizará parte del dinero que nos han prestado los ingleses. Cosa en la que estoy en desacuerdo, y ahora mismo lo modificaré.

Tomó a su escritorio, una hoja, la pluma y comenzó a decir en voz alta lo que escribía.

—Veamos, de 150.000 pesos para los generales sólo aprobaré 90.000. Las concesiones de baldíos que Carabaño le otorgó a mi amigo el General Correira, no recibirá mi consentimiento.

De los 100.000 pesos para los coroneles sólo se aprobarán 45.000. Los capitanes, tenientes, sargentos y soldados no recibirán sus 15.000 pesos, se tendrán que conformar con la victoria que hemos consagrado. Porque es mi parecer que ese dinero no debe ir a parar a tantas manos.

El hombre de traje negro, dio un sorbido a la copa que mantenía sujeta por su tallo y preguntó.

—¿Y qué harás con todo ese dinero que has restado de las concesiones?

—Voy a guardarlo bien, para que nadie diga que la tesorería está siendo manipulada a mi antojo —hizo una breve pausa para interpretar el semblante convencido del hombre de la gabardina y prosiguió —Si tengo la obligación de expedir un vale no quiero que se vea como un vicio político.

—¡Si claro! Lo que tú digas —respondió con una media sonrisa mientras llevaba la copa a su boca.

Mientras al otro lado de la puerta, Rosa Montoya (empleada de Piero) sólo escuchaba la voz resaltante del patrón, como si este hablara solo.

—Próximamente inauguraremos la Escuela Militar y mi gran amigo el general Jorge Correira será el jefe asignado —dijo Piero.

—Ya veo que es tu amigo —respondió con tono sarcástico —pues le acabas de quitar las tierras que se ganó.

—Bueno, la asignación es una especie de compensación.

—Como sea. Yo he de recomendarte un cambio, debes darle ese puesto al general Luis Barrios —Piero encogió las sienes y replicó casi en el acto.

—Eso no va a poder ser, porque mi amigo el general Correira ya está esperando ese puesto, y si lo cambio ahora se ofenderá.

—Yo solo te hablo de lo que te conviene. Ofrécele a Correira el ministerio de guerra, pero la escuela debe ser para Luis Barrios.

—Fue una sugerencia con carácter de orden que Piero bien supo disimular.

—Bien, como acabas de decirme, “a cada quien lo suyo”, creo que hoy es un buen día para que hablemos de mi puesto como presidente de la República.

—A su tiempo- interrumpió el hombre- a su tiempo.

—Sí, ¿pero cuándo hablaremos de eso?

En ese preciso instante, Rosa Montoya tocó a la puerta del despacho para entrar.

—Pase —y una vez dentro le ordenó —
sírvanos el vino Rosa.

Existen momentos circunstanciales en la vida, donde naturalmente podemos presentir una mirada del más allá; un imperceptible rubor comenzó cruzando la frente de Rosa Montoya, ahora presa de una sensación de incertidumbre. Dos copas sobre el escritorio, el hombre de la gabardina ciertamente estaba sentado, aunque Rosa no lo podía ver, todo parecía indicar que Piero estaba solo, tomando en dos copas a la vez.

—Don Jacinto Mudarra ha venido a verlo —
le informó.

—¡Mi amigo el barón del café! —exclamó —
dígame que pase.

Ya he mencionado las cualidades emotivas de Piero; exaltarse y regresar inmediato al estado de ánimo normal, era otra de sus cualidades. Rosa abandonó el salón para cumplir la orden del patrón, y el hombre de gabardina prosiguió con la conversación.

—Dentro de pocos días recibirás la visita de un sociólogo ecuatoriano que estudia la separación de la Gran Colombia. Se está afanando en escribir un libro, él lo llamará *El Pensamiento de un hombre de América* y estará aquí el día de la inauguración

de la Escuela Militar. Será un hombre importante, saldrá de aquí para otros continentes, trátalo con cortesía. Además ese día será propicia la ocasión para designar presupuesto y fundar la biblioteca nacional y Alberto Sanabria puede ser un buen director, él ha venido dirigiendo bien los periódicos. Al momento tocaron nuevamente la puerta —¡Pase! —era Rosa Montoya acompañando a don Mudarra quien al entrar se acercó a Piero para estrecharle un abrazo.

—¿Cómo está mi gran amigo Piero?

Piero correspondió con una sosegada sonrisa, Rosa Montoya volteaba los ojos entre la copa del patrón y la otra sobre el escritorio y en ambas había poco vino, Piero notó la intriga de Rosa y le habló cortantemente.

—Recoja esa copa sobre el escritorio y tráigale una limpia a don Jacinto.

Y convidó a la visita a conseguir comodidad en su asiento, para que una profunda conversación se diera propiedad.

—Mis cafetales ahora tienen nombre *Café fama de Venezuela* y estoy buscando un socio que se anime a invertir, tengo mucho que ofrecer. Mientras la bodegas de las provincias piden a todos los santos para vender su café, yo, en mi

propio navío lo llevo a Europa, solo quiero un socio para comprar otro navío y aumentar así la exportación.

—Estoy seguro de eso, pero lo mío son las pieles y el ganado. Conozco muchas familias que tienen tierras y café —sugirió Piero.

—No has entendido; tierras y café, ya tengo, lo que requiero es un navío, y un amigo que ayude con los impuestos. Esos impuestos que matan a los hombres de trabajo.

Entonces Piero sintió la necesidad de sonreír y concluir.

—El amigo ya lo tienes, el navío lo conseguiremos.

Y el atardecer avanzó, mientras las garzas revoloteaban en las orillas de los ríos, el viento soplaba por los caminos, los campos y los caseríos. Más allá de la plaza por la senda de piedras donde los apamates dejaron caer sus flores violetas, se encuentra la gallera de Domini, donde los parranderos, los ociosos, los apostadores se solazaban. Martín, Ramón y mala suerte escuchaban de cerca una discusión.

—¡Págame lo que me debes!

Le exigía enfurecidamente un hombre a otro que se negaba a pagarle.

—Será mejor que nos vayamos, esto se va a poner feo —propuso Martín.

Al momento un grito estremeció a todos los presentes y un estallido de furia llevó a un enfrentamiento entre dos apostadores. <<La violencia de los hombres tiene sus particularidades>> la muchedumbre se sobrecogía en un alarido de gritos y voces, carcajadas que se ahogaban de frenesí, de pronto un quejido tan duro, áspero, profundo, frenético, y asombroso, anunció a un herido como resultado de la contienda. Quien allá visto un rostro con sus arterias convulsionando sacudidas sangrientamente por la pérdida de un ojo, tendrá entonces una idea exacta de lo que se dio lugar aquella noche.

Así de esa manera quedó saldada su cuenta por una apuesta de gallos. Por ese altercado el espectáculo se terminó aquella noche, y a Ramón, Pedro y mala suerte, no les quedó otra opción que irse caminando bajo la noche taciturna hasta llegar a las piedras de los rompeolas, una vez allí se terminaron el miche. Pedro ya se había dormido. A lo lejos el mar agonizaba donde nacía el firmamento engalanando con las estrellas.

—Tengo mucho frío —dijo Martín.

—¿Yo no sé qué es más fuerte, si el calor del día o el frío de la noche? —agregó Ramón.

—¡Mira, Pedro parece que no lo sintiera! ¿por qué le dicen mala suerte? —interrogo Martín.

—Su mismo padre se lo puso el día que nació. Era un hombre con tierras y ganado, y cuando supo que él iba a nacer se las puso a un hombre como garantía, para comprar vacas y cruzarlas con ganado criollo, y el día que nació Pedro el barco se hundió cerca de la costa. Se pudiera decir que Pedro nació rico, y esa misma noche se hizo pobre. Cuenta la gente, que el hombre que le prestó el dinero a cambio de sus tierras, había mandado a dañar el barco para que naufragara.

Martín escuchaba impresionado y repuso.

—¿Y quién fue ese hombre?

—Un...—Ramón dio una pausa acentuada, como buscando en sus recuerdos algún otro fragmento, sujetó una piedra entre su puño y luego la arrojó tan lejos como pudo. Había en aquella cúspide de rocas, la distancia que permite reflejos y brillos que hacen del mar un espejo.

Pedro, Martín y Ramón, se hallaban justo en frente de la inmensa luna llena.

—Yo trabajé, en una hacienda de cacao y mi patrón siempre lo recibía como a un héroe y un día cuando la guerra federal estaba en sus días más sangrientos, esos oligarcas lo culparon de conspiración.

Suspiro profundamente, vio a Martín y continuó.

—Nunca olvidaré lo que mi patrón dijo la mañana del día que lo fusilaron. “La guerra federal tiene dos madrastras. La miseria del pueblo y la ambición del gobierno”

Varios días pasaron, días de sol implacables con sus noches melancólicas, y allá en la sabana, sabana infinita, sabanas de lamentos y de pasiones, una mañana después de rayar el alba en los dominios de la hacienda *El Toro*, el capataz, José Antonio, junto a varios peones esperaban a una manada descarriada de caballos que fue vista y que tendría que estar cerca de las riveras.

—Mi papá dijo que las bestias que buscamos andaban por estos lados.

—El patrón no es tu papá —interrumpió Joaquín.

Un vistazo arrogante le asestó José Antonio, dejando clara la discrepancia entre ambos. Joaquín “protegido” de Juan José y aunque Piero

nunca dijo con resolución que alguno de los dos fuera su hijo, José Antonio era el capataz y encargado de *El Toro*.

Hubo entonces en aquella hacienda una mujer llamada Carmela, que gozaba de algunos privilegios por ser la madre de Graciela y Juan José <<estos llamarse también hijos del patrón. Dueño de *El Toro*>> ya he conversado de la rivalidad entre ambos, esta rivalidad parcializaba además a los peones en dos grupos, los de doña Carmela y sus sembradíos de caña y el trapiche donde procesaban el licor, allí influenciaba profundamente Juan José, y el otro grupo que se recostaba a la influencia que daba el capataz José Antonio, dicho esto conoceremos que la relación entre Joaquín y José Antonio llegó en aquel momento al límite de la intolerancia cuando Joaquín lanzó sus improperios como garfios sobre José Antonio.

—¡Tú eres un negro muerto de hambre, que vino a esta hacienda a trabajar con las reses del patrón!

Hasta los más cercanos a José Antonio se rieron, éste, indignado, bajó del caballo y le echó un fuerte puñetazo al rostro de Joaquín. Entonces se fueron a los golpes y a las patadas, trataban

de separarlos pero fue inútil, de pronto un disparo surcó los cielos.

—¡Miren! —un peón señaló a lo lejos algunas bestias extraviadas en el inmenso llano.

Joaquín se soltó de su adversario y montó su caballo, lo mismo hicieron todos, el último en montar fue José Antonio. Rodearon a los caballos y se les impuso un rumbo a seguir por los caminos hacia *El Toro*. Joaquín dominaba el tropel y en cuestión de tres cuartos de hora entrarían en los corrales las bestias, en medio de una nube de polvo, el trabajo estaba hecho, el sol se plantaba sobre ellos, Juan José sonreía con una postura erguida y su rejo en mano.

—Te felicito Joaquín —le gratificó apretándole el hombro.

—Este mugroso casi lo echa a perder — señalando a José Antonio.

Juan José lo discriminaba con tan solo mirarlo.

—Maldito negro. ¿Cuándo aprenderás cuál es tu lugar en esta hacienda?

Y lo empujó por el pecho. Ciertamente El hijo de Carmela era más fuerte y lo dominó en el forcejeo. De pronto una mano arbitraria agarró a Juan José por la nuca y con una fuerza

tan dominante he incontrolable lo echo a un lado imponiéndole otra línea de conducta. Lo miró con furia, pero muy diferente a la que se sentían entre supuestos hermanos. Era el mismísimo Piero, lo llevó por el pasillo hasta estar solos y pronunció estas palabras casi entre dientes, más bien un susurro.

—Espero que sea la última vez que te lo recalque, no vuelvas a molestar a José Antonio, porque tú tampoco eres nadie ¿Entiendes?

Eso ocurrió el mismo día que se convocó a una reunión pautada en la Hacienda Palacios. La misma se dio lugar poco antes de que anocheciera. Toda la oligarquía asistió, miembros del alto mando militar, de la Santa iglesia, Monseñor Carrizal, también asistieron los directores de la prensa conservadora, Manuel Jaramillo, de *El Tiempo*, Julio Rodríguez, de *El Promotor*, Epifanio Blanco de *El Correo*. Este último cronista de la ciudad de Caracas y otros ilustres.

Se proclamó ante todo al nuevo ministro de relaciones exteriores, el doctor Carlos Moro, recién llegado de Madrid donde se desempeñó como administrador. Al señor Ruperto Valera, le fue asignado el nuevo Ministerio de Hacienda. El general Jorge Correira Chuecos, como Ministro

de Guerra, los generales Roberto Mora Mora y Domingo Castro no se apartaron del presidente del congreso en toda la reunión, algunos representantes de las provincias como el señor Victorino Pulido ofrecieron sus discursos.

—Así como sale el sol en las costas Caraqueñas, así como los navíos descargan y embarcan hacia el corazón más allá del atlántico, para convertirse literalmente en libras esterlinas, así de esa manera, queremos que el mar de Puerto Cabello y sus muelles sonrían con el desarrollo que nos acordemos y nos sintamos dispuestos.

Así continuaba entre agradecimientos e inquietudes, mientras que Benjamín Morillo se paseaba con la señorita Rosa Inés Contreras. Se casarían próximamente en la casa del señor Morillo. Ciertamente sería una ceremonia como quizás no se había visto otra en años anteriores en Caracas, pero en algo no cabía discusión, la más hermosa de las mujeres se paseaba, jugaba con su belleza como un loco juega con un cuchillo; alta, con un color de piel suspicaz, rubia, con una mirada imponente y aquellos rasgos distintivos, Luisa Correira, La entretenida del presidente del congreso.

Se habló de la pronta llegada del geógrafo y explorador Francés Tomas Caperly. También se discutió el tema de una expedición por la provincia y de la inauguración de la Escuela Militar.

Miguel Carabaño, aprovechó el momento que Piero quedó apartado por un instante de los generales, se acercó para aclarar un punto que no se había tocado.

—¿Por qué esa decisión repentina de nombrar ministro de guerra al General Correira?

—Te participo que el general tampoco conocía de esos cambios —contesto Piero.

—Se me debió participar —impuso Carabaño.

Piero se acomodó el traje con ambas manos, niveló el rostro y muy arrogante retribuyó.

—Muchas veces te he participado las reformas contra la iglesia y no las has atendido, por otra parte considero que Correira reúne cualidades inequívocas para ser un buen ministro y por su parte al general Luis Barrios lo avala una brillante carrera que dejará además un legado importante como jefe de la escuela militar.

El general Tomas Ruiz se acercó para interrumpir, le tomó la mano a la señorita Luisa Correira para besársela y le aduló.

—Está usted hoy más bella que nunca — dijo el regordete, y continuo su cortesía inclinando la cabeza —¡señores! —para posteriormente retirarse.

La reunión terminó y al poco rato Piero entraba a su Hacienda *El Toro*. Rosa Montoya, fumaba tabaco sentada en un tronco lejos de la vista de su marido Pancho.

—¡Rosa Montoya! —exclamó —tengo días con ganas de hablar con usted.

—¡Mande patrón!

Ya la noche estaba bien entrada, aterciopelada pero taciturna.

—¿Usted se acuerda aquella vez que alguien me estaba robando las botellas de brandy y yo le puse granos de mostaza para agarrarlo.

—¡Si patrón! —interrumpió a Piero dejando apenas un espacio para que éste continuara.

—Fíjese Rosa, jamás hubiese imaginado que usted “se montará en una escoba volando” para echarme esa vaina.

Rosa Montoya cabizbaja y pensativa escuchaba mientras él seguía contando su pena.

—Yo nunca dije nada, porque como mínimo la queman.

—Y yo se la agradezco patrón.

Resaltó correspondiendo a su buenaventura.

—¿Por qué usted no me hace un favorcito?

—¡Mande!

—Váyase volando, así como usted sabe, y me da una vueltecita por la casa de los Morillo y de López. Es que esa barba carnuda, sus labios gruesos y los pocos dientes que le quedan a ese descendiente de Catalán. Tantos rasgos hipócritas que tiene López, no me dejan confiar y me atormentan, váyase a ver que escucha en mi contra.

Rosa se levantó del tronco, echó el tabaco a su espalda y marchó a su aposento.

—Vaya que yo la espero sentadito aquí frente a la carroza.

Al poco rato, en la soledad y oscuridad de la noche, apareció aquel hombre de frente ancha, cabellos negros lisos, labios paralelamente iguales, cejas refinadas y ojos rayados, quien parado justo detrás de Piero se pronunció.

—Raro es cuando no estas hundido en tus meditaciones.

—¡Compadre! Usted como siempre, apareciendo sin avisar.

Contestó para luego voltearse. Piero, su compadre y la noche silente, trilogía lóbrega y

aislada entre el firmamento y la tierra. Juan José se acercó, venía acompañado con dos peones con los que regresaba después de haber revisado por última vez los potreros.

—¿No va a descansar Patrón?

—No, voy a amanecer aquí contemplando las estrellas.

—Pero patrón, aquí está haciendo un frío infernal, se va a enfermar.

Interpuso el muchacho. El hombre de gabardina carraspeó para llamar la atención de Piero, quien sin mirarle pero entendiéndole, sacó un tabaco de su bolsillo y lo encendió para luego proferir.

—Usted es un buen muchacho Juan José. Musitó palmándole el hombro.

—Vaya y tráigame una botella de ron y dos copas y después se retira a descansar.

Así se fueron unos minutos, el joven regresó con el encargo y se retiró sin siquiera preguntar. La capota del carruaje permanecía abierta, el elegante hombre estuvo sentado dentro todo el tiempo, mientras Piero servía una y otra vez las copas.

—Me da indignación. Carabaño se cree con derecho de preguntarme cosas, por eso te pregunto compadre ¿cuándo seré presidente?

—Con respecto a lo primero, no es que se crea con derecho, es que tiene derecho por ser él el primer magistrado del país y por ende encargado de la hacienda pública. Ahora bien, con respecto a lo otro ya creo habértelo dicho, a su tiempo mi impaciente compadre.

Piero llenó su copa lo más que pudo y de un solo trago se la tomó —he escuchado lo mismo tantas veces —pensó —que no recuerdo cuando me comenzó a dar nauseas.

Volvió a llenar la copa y más relajado intervino.

—He luchado con las tropas defendiendo a este gobierno, porque tú me lo has sugerido, pero no quiero tolerarlo más. Miguel Carabaño es un cobarde, lo vi llorando cuando necesitábamos más hombres para ganar la guerra.

—Las lágrimas no restan el coraje de los hombres —le aclaraba su interlocutor. Piero se mantenía erguido con una actitud de intranquilidad, lo miró a los ojos y profirió.

—Compadre, entonces cabría preguntarle ¿Alguna vez lloró el libertador mientras peleaba por la independencia?

—Una noche en mi reposo, escuché el llanto del libertador Simón Bolívar.

Piero subyugado por la viciosa cualidad de la hipocresía, apretó sus labios, hizo un gesto negativo con la cabeza e inmediatamente preguntó.

—¿Cómo? y ¿por qué?

—Era una hora muy adversa, el viento soplaba muy fuerte, el libertador corría peligro de muerte y alguien grito “Viva la América libre”

Y a mediana voz con otra interrogante interrumpió.

—¿Estaba llorando de miedo?

Pero su compadre no quiso formular respuesta, y para hacer honor a la verdad Piero no quería escucharla, así que desvió el tema de conversación.

—Dígame compadre ¿Cuándo dejara de estorbar la iglesia en las decisiones políticas?

—Si te dijese que pasaran cien años y eso aún no será posible, no insistirás más en ser tu quien quiera conseguirlo.

Pero la obcecación sentó como precedente.

—Aun así insistiré.

—No lo conseguirás, está escrito que la iglesia jugara un papel primordial en la política de la mayor parte del mundo, además a mi emperador le conviene que así sea.

Piero, con una mirada vaga y un pensamiento como ausente, no alcanzó a escuchar lo último que dijo su compadre, y sucedió por el efecto del ron, que despertó el lugar más disimulado de su conducta. Se dejó llevar hasta el punto de expresar lo que más anhelaba.

—Yo podría derrocar a Carabaño mañana mismo si quisiera y pronto mis palabras serían preceptos hasta en los puertos del pacífico.

Los ojos rayados del hombre sereno y distinguido ni siquiera parpadearon, al contrario se regocijaban al ver como Piero emanaba de su cuerpo la prepotencia y la codicia, mientras seguía escuchándolo.

—Sé lo que se puede lograr con una espada, con las palabras y un corazón invulnerable, he hecho un pacto con ustedes y los he obligado a que me entreguen todo lo que pido, pero no he recibido todo lo que quiero.

Hubo un silencio sepulcral por un instante, los instintos inundados de Piero escuchaban vagamente el latir de su corazón, mientras que los ojos rayados de su compadre se dilataban hasta casi salirse de sus orbitas y exclamó.

—Los hombres que podían hacer eso murieron. Escucha bien lo que voy a decirte, porque

sólo yo y nadie más que yo puede asegurártelo. Al Libertador se le precipitó la muerte, porque no era posible su deseo de unir la América y su misión ya había terminado, eso estaba escrito y contra eso no hay mortal que pueda ¡¡¡Ha Piero!!!. No hay nada más humano que la codicia y la traición, no fue difícil encontrar entre los hombres, quien envenenara a Sebastián Francisco de Miranda y a Simón Bolívar.

Como con un gesto de pasos, turbado del juicio y de la razón, con la botella en una mano y la copa en la otra, una forma de baile satírico, Piero tan siquiera escuchaba a quien conocía más por viejo que por diablo.

Mientras tanto en la casa de los Morillos, Carrizal sostenía una conversación.

—El doctor Carlos Moro es un predicador de ideologías aprendidas en *Filadelfia* y *Nueva York*, no tardara en notar los despilfarros de la hacienda pública. Vi muchas cosas cuando ejercí como ministro, el primer presidente del congreso se apropió de más de sesenta leguas cuadradas que nacen aquí en Caracas y sólo éste gobierno geógrafo que nos visitara puede decir dónde diablos van a dar, tierras que el congreso decidió vender por su poco rendimiento al fisco. *Lange C.A*

y sus propietarios, la familia *Schomok*, compraron otras quince leguas. Otros compradores apenas alcanzan doce y menos leguas. A parte de esto, puedo asegurarles que el dinero de las guarniciones ha sido robado por él y el nuevo ministro durante años y más ahora que se aprobó el programa Federal de Manifiesto.

—¿Por qué nunca dijo nada?

Preguntó Benjamín Morillo hijo.

—Usted también gozaba de privilegios que son obvios y que todos sabemos no puede costear con su salario.

Otra objeción más salía a la sala.

—¿Qué es lo que pretende?

—Propongo una sesión inmediata, para destituir a ese primer presidente del congreso y restringir su participación en la administración pública.

Muchos dieron sus opiniones, pero una fue más exacta y con fundamento.

—Para pretender algo así ante un elemento tan protegido por el presidente Carabaño, necesitamos pruebas que a mi parecer el procurador no va a facilitarnos —dijo Morillo hijo. La charla culminó más allá de la media noche, quedando sólo los Morillo.

—Padre este gobierno inexplicablemente venció a los federales, que eran la esperanza que le quedaba al pueblo.

Terminó la noche y amaneció, aunque la claridad no se había hecho presente, Rosa Montoya se dejó ver por Piero, quien se encontraba recostado a la carroza.

—Le traigo noticias patrón. Todos esos hombre lo odian, el Monseñor dijo cosas muy feas de usted, además había un hombre calvo que aseguraba que usted es un ladrón.

No podía ser otro que Félix Cortez el ex ministro de hacienda.

—Dicen que van a sacarlo del gobierno — dijo con acentuada preocupación.

—¡Maldito traidor! —susurró entre dientes, echando la botella vacía a lo lejos.

—¿Por qué lo odian así esos hombres patrón?

Preguntó Rosa con falsa ingenuidad.

—Rosa. Decía mi abuela, que si la envidia fuera tiña, cuantos tiñosos no hubieran, no quedaría perro ni gato, que de tiña no muriera.

Los gallos cantaron en todos los campos. El alba se abrió paso a través de los nubarrones grises de la madrugada, los pasos de Martín,

Ramón, Pedro, Graciela y Carmen se hundían en la tierra seca de los caminos que los llevaría al poblado de Yare.

El calor vertiginoso del verano había endurecido el fango hasta convertirlo en terrones macizos y polvorientos al mismo tiempo que la vegetación mostraba su cara más deshidratada.

—¿Cuánto tiempo más caminaremos para llegar a tu pueblo? —preguntó Pedro a Ramón.

—Los hice salir de madrugada para poder llegar antes que caiga la noche.

A la vez que señaló para decir.

—Mira cubano, en esa hacienda asesinaron en una noche a más de veinte hombres en los días de la guerra.

Graciela que iba de la mano con Martín incurrió en duda.

—¿Por qué se matan así los hombres?

—Yo tampoco lo entiendo, he sido feliz sin tener tierras ni ganado, no entiendo por qué se matan unos a los otros —masculló Martín.

—Yo si entiendo las guerras —agregó Ramón.

A los negros se nos ha maltratado por años, si no fuera por la guerra no fuéramos libres.

—En Cuba también se pelea para ser libres y en el canal del viento un negro me dijo una vez que la libertad del hombre es del tamaño de su valor.

Aquello último lo dijo Martín aunque seguía repitiendo, no entender las guerras.

En *El toro* José Antonio llevó su sombrero al pecho.

—¿Me mandó a llamar patrón?

Piero había pensado muy bien y una certera decisión tomó al respecto. José Antonio tendría que matar a aquel por el cual se sentía traicionado y aunque nunca argumentó un por qué, la importancia de aquel hombre llevó a José Antonio a infringir con dudas a su padre quien casi en el acto respondió.

—No me importa que haya sido ministro, el que va a morir a oscuras, ni que venda velas.

Ya había caído la noche, no había una sola estrella en el firmamento, los cueros de los tambores retumbaban por todos los rincones.

En aquel pueblo con apariencia desdibujada, de casas a cuadros y caminos nebulosos, en aquel rancho de bajareque, dos lámparas guindaban del techo, el humo dejaba cicatrices de hollín en las paredes. Ramón había presentado a sus cuatro

amigos a una anciana que les ofreció cobijo y una taza de café.

—El café es una bendición de la Santísima Cruz.

Dijo la anciana sujetando una taza con ambas manos.

—Cuando yo estaba pequeña una sequía se apoderó de toda la comarca durante cuatro largos años y sólo café nos pudo dar la tierra. Hubo mucha hambre entre nosotros los negros, los patrones nos daban de comer las sobras de sus comidas y nosotros las juntábamos y mezclábamos con masa de maíz, las embojotábamos en hojas y se sancochaban para que rindiera para todos. Así sobrevivíamos hasta que un día los diablos danzantes salieron a espantar a los espíritus malignos y ese mismo día llovió. Desde entonces el Santísimo Sacramento nos bendice todos los años cuando los diablos danzantes nos humillamos ante el cuerpo de cristo —hizo una breve pausa para sorber un poco de café y a media voz continuó — mi abuelo fue arreador de la danza y una vez tuvo que zapatear durante horas para hacer desistir a un demonio que vino para unirse a los diablos danzantes de la región como capataz, el último latigazo que le dio sonó tan duro como suenan

los cueros de los tambores cuando los negros están bravos, luego los danzantes pudieron seguir camino a la iglesia.

Ramón estaba desmañado sobre la silla, y un leve bostezo suyo daba claros signos de no ser la primera vez que escuchaba aquella historia, a diferencia de los otros cuatro jóvenes que ni siquiera pestañaban, el silencio era desprendido y culpable de la tensión en el concilio, sólo la vaporosa voz de la anciana. Pedro hundido en un indomable absorto, aunque el también conocía el relato, Graciela espeluznada, Carmen como sometida a la visión de un esperpento y Martín tan similar, sudaba más de lo que la razón y lo sensato podían tolerar, estaba encerrado en sí mismo.

La biografía de la reseñada continuaba deslumbrando al punto que Graciela tuvo que escapar del hilo de pavor que la sometía para apretar el brazo de Martín.

—Tengo mucho miedo —le habló en tosca voz.

—Tranquila ya estoy aquí contigo —contesto Martín para proseguir escuchando.

—Ayer las mujeres estuvimos lavando los sacos, luego los manchamos de muchos colores. Mañana temprano los danzantes se vestirán

con ellos y saldrán desde el corazón del monte, cruzaran todo el pueblo y la multitud abrirá paso a los latigazos del capataz que los dirige y todo aquel que se atravesase se considerará como un espíritu maligno y éste se espantará con todo el peso del látigo hasta llegar a la entrada de la iglesia y limpiar sus almas, con el permiso y la protección del santísimo sacramento —culminó la anciana.

El tiempo y su premura manía de transcurrir trajeron una nueva mañana en la ciudad de Caracas.

En pocos días se inauguraría la escuela militar y los preparativos se apresuraban en la casa del presidente Carabaño, el general Jorge Correira Chuecos terció en la discusión.

—No estoy al corriente de esas cosas señor Piero, Dios no hace a nadie para que este sobrando en este mundo y ahora resulta que el general Luis Barrios si reúne los méritos para tomar el puesto que me correspondía como jefe de la escuela militar.

—Sin embargo se lo repito —intervino Carabaño —fue una decisión tratada durante meses y la responsabilidad era para usted, Luis Barrios ciertamente tendrá los méritos pero no mi confianza.

Mientras tanto más allá de la esquina de los tulipanes donde los coches y carretas cruzaban de lado a lado, Piero visitaba la casa del ex ministro Félix Cortez con una sonrisa pintada que lo acompañó a tocar la puerta.

—Amigo Cortez, quiero que sepa que mi sinceridad me ha movido hasta aquí.

Cortez, lo miró profundo, suspiró y se concedió el derecho de entrar, acomodó su sombrero y se sentó.

—¿No me invitas un café? —continuo con su expresión contraria a la verdad.

Cortez no comprendía nada y la duda lo llevó a preguntar.

—¿Qué querrá hablar conmigo el primer presidente del congreso, después que lo ha echado de sus funciones?

Piero fingió asombro y profirió.

—Te repito querido amigo, es verdad que ya no eres ministro, pero desde hoy eres rico.

—¿A qué ha venido señor Piero?

Piero le entregó cien mil pesos y una bolsa que lo paralizó y apenas pudo balbucear con tono de desconfianza.

—Sigo sin entender.

—Páez mismo, aun transfigurado en oligarca, conservará en la historia un gran fondo de moral.

Usted fue ministro y conoce el mal entendido celo por el tesoro público, ahí nace la raíz de los males de la Republica. Usted fue miembro del senado y no se opuso a la patente del banco nacional, usted vivió el gran trastorno de la guerra federal metido en el palacio de gobierno —aquello lo dijo con desconcierto.

—Ese oro y esos pesos son suyos y bien que se los merece, móntese en su carruaje y váyase lejos a las provincias. Para nadie será extraño que un hombre culto como usted envuelto en su misma decepción se haya marchado.

El horizonte se le aclaraba un poco a Cortez y no pudo evitar que se le dibujara una sonrisa en el rostro y afirmó con un gesto, que aceptaba la propuesta.

—No esperes el día para marcharte — exaltó Piero.

Aquello se entendía como una orden.

Esos acontecimientos se suscitaron antes del mediodía, mientras allá en las regiones de los diablos danzantes, estos salían del corazón del monte con sus caras cubiertas de brea y barro, sus cuerpos cubiertos con sacos pintados de todos colores, entre una multitud que los miraba mientras cruzaban de extremos los caminos del

pueblo. El tamboreo redoblaba en las manos de los negros.

Martín y sus compañeros seguían la danza, apenas podían diferenciarse entre la gente. La preocupación de Ramón por el posible romance entre Martín y Graciela se agrandaba, los había perdido de vista desde hacía rato.

Para cuando los danzantes llegaron a la puerta de la iglesia para echarse al piso y humillarse ante el cuerpo de Cristo ya la luz del día se había ido. Ramón, Carmen y Pedro aun los buscaban entre la gente.

El viento se había llevado el calor y el encanto de los danzantes, el elocuente olor a noche quedó por todo el lugar, con el son de los tambores que parecían nunca acabar.

Allá estaban Martín y Graciela entre el cielo y la tierra, entre los negros y su baile, entre las luces de la fogata que relampagueaban en todos los rostros, mirando a los nativos entre aquel peculiar movimiento de cinturas como invertebrados.

Todo se lo pudo llevar el viento, todo menos la pasión con que bailan y se enamoran los negros.

Mientras que en los senderos de Félix Cortez, su esposa y un criado llevaban más de tres

horas de camino, bajo la penumbra de la noche, al tanto que se alejaban de Caracas. Bastante que se lo advirtieron —No se puede coger esos caminos de noche, hay espantos por allá en la sabana —El lacayo le proponía salir por oriente. Más no fue precisamente un espanto lo que les obligó a detenerse. Rugieron las bestias, era poco lo que la sombra dejaba ver.

—¿Qué pasa? —preguntó el criado.

Cortez empuñó su arma y salió del carruaje, el criado sujetó un machete, Cortez logró ver el rostro de seis hombres y ahí estaba José Antonio, inconfundible sabueso de Piero, una lanza traspasó el cuello del criado, Cortez disparó pero alcanzó a uno de los caballos.

—¿Dónde está el oro y los cien mil pesos? —y seguido de la pregunta, lo echaron al suelo de un fuerte empujón. Fue despojado del dinero y el oro, mataron a la mujer de una fuerte golpiza, ataron a Cortez por las piernas a la cola de un caballo y lo arrastraron con ellos.

Algunos días habían transcurrido de aquella noche. En la Catedral de Caracas, en una esplendorosa tarde de domingo, el presidente, la primera dama, Vicente Obando, Piero y el general Mora Mora escuchaban el sacrificio del Monseñor.

—Por más que crezcan las riquezas del canalla infeliz, no dejará de existir su miseria, el dinero no conduce a los hombres a la felicidad, judas traicionó a Cristo por unas monedas de plata y eso lo está pagando en el purgatorio.

Monseñor Carrizal continuaba apasionadamente.

—El diablo le ofreció todos los reinos y sus tesoros al hijo de Dios, pudiendo éste ciertamente cumplir, y el hijo de Dios los rechazó. El dinero contribuye a la ambición y ésta a la perdición de la humanidad ¡vosotros tenéis que seguir el ejemplo que dio Cristo nuestro señor!

Recalcó Monseñor.

—Señor. Piero, parece que no está disfrutando la misa —le hablo Ovando al oído.

—Por supuesto que sí señor Ovando, pero me muero de curiosidad ¿qué pasara cuando les restrinja los presupuestos a la iglesia y ya no puedan darse los banquetes que se dan estos hijos de p... Dios?

Un poco más tarde, en los caminos hacia el puerto, incrustado entre el sendero y la pradera se encontraba la manga de coleo. Ya los hombres se daban cita para escoger al mejor coleador de toros. Comenzaba la faena, cuatro hombres salían a caballo tras al feroz toro, el que lograra dominar obtendría una victoria.

Pronto saldría a la cancha, el segundo grupo de coledores y Juan José era parte de ellos. Había muchísima gente en el lugar, Ramón, Pedro, Carmen, Graciela y Martín se acercaban para observar. Fue en ese momento que Juan José la alcanzó a ver tomada de la mano por Martín y se les acercó tomándolos por sorpresa.

—¿Dónde has estado todo este tiempo Graciela? Mamá Rosa, te ha buscado por todas partes y mi mamá está muy preocupada por ti.

Juan José, montaba sobre su inquieto caballo, Graciela, invadía por los nervios se soltó de Martín y balbució para responder.

—Estuve en la casa todo el tiempo, pero apartada de todos, porque no me he sentido bien.

Eso respondió, por ser lo primero que se le ocurrió, mintió, pero fue por miedo.

Otro hombre se acercó para apurar a Juan José.

—Ya estamos listos apúrate.

—¡Voy! —Juan José se retiró y de ese modo dejó de molestarlos.

La preocupación de Ramón por Martín y su integridad física se dilataba cada vez más y le aconsejó llenó de angustia, que se alejara de la muchacha.

Allá en la cancha los coleadores salieron en la manga tras del toro que corría con la única razón de huir de los cuatro hombres y la ola de gritos que dictaba el público presente. Una vez más fue José Antonio quien alcanzó a sujetar primero al animal por la cola. Pero Juan José, quien no permitiría que le arrebataran el triunfo, lo golpeó por la espalda hasta casi hacerlo perder el equilibrio sobre el caballo, así pudo Juan José sujetar el caballo, pero la coleada no fue efectiva. Los otros hombres habían dejado atrás al animal y se devolvieron, esto permitió a José Antonio coger nuevamente la cola del toro para levantarlo y dejarlo caer con sus cuatro patas hacia arriba, la coleada fue efectiva, así como el empujón que le propinó por la espalda su hermano y peor enemigo para echarlo al suelo y caerle encima. De tres puñetazos le ensangrentó el rostro mientras que la enfurecida bestia se logró poner de pie para arremeter contra sus descuidos, otro coleador se atravesó al embiste del toro, que corneó su caballo, haciéndolo parar en dos patas. Juan José y José Antonio aún se revolcaban en el fango, el pavor se apoderó de todos los presentes. A lo lejos un hombre apretó el mástil de su carruaje para salir preocupado por lo que veía; el toro revertía, amenazaba de cornear a quien se

mantenía enfrente para separar la pelea, entonces envistió y un hombre salió herido, lo levantó con toda su furia y lo lanzó tan lejos como pudo convirtiéndolo en sangre, lodo y tierra.

Ya todos habían logrado salir del territorio que dominaba el salvaje animal, un caballo y un hombre habían muerto en una tarde de toros en la manga.

El hombre del carruaje, era Piero De Loaiza. Ya un poco más calmado le ordenó a un hombre a su izquierda.

—General, mande a arrestar a esos dos hombres que se pelearon allí.

—No se meta en esas cosas señor Piero.

Deje que el alcalde se encargué de eso.

Pero Piero dio sus razones y sus valederos argumentos.

—Es algo personal. Hágame el favor y mande a arrestar a esos dos hombres que se pelearon en medio de la manga de toros.

Aquella orden se cumplió a cabalidad, pero no solo fueron arrestados, sino que además fueron llevados a un rincón por allá en la hacienda de Piero, maniatados, guindando de la rama de un árbol, sobre los hombros de Joaquín reposó la responsabilidad de que ambos permanecieran allí

hasta que Piero regresara. Y eso no fue posible sino hasta la mañana siguiente.

Rosa Montoya y Graciela se le cruzaron en su andar, Piero venía acompañado de dos peones

—Rosa Montoya —fue lo único que alcanzó a decir, pues Graciela se dejó ver.

—Pero si aquí está la flor de mi vida —dijo mirando tiernamente a Graciela —cada vez que la veo se me parece más a mi abuela Leonor De Loiza, eres la luz de mis ojos, un día de estos la voy a sacar de esos cañaverales y la voy a traer a esta, que es su casa, para que viva como una reina. La besó en la frente y continuo por aquel solar hasta llegar a donde estaban Joaquín y tres hombres más esperándolo —Buenos días patrón —le saludaron.

Piero no sintió necesidad de corresponder al saludo y pasó entre ellos apartándolos con su paso como ignorándolos.

Debajo del árbol se detuvo. José Antonio a su derecha, tenía manchas de sangre en el rostro, y con la vestidura desgarrada, Juan José a su izquierda. El guindar de sus brazos los tenía agotados a ambos —¡¡¡ Casimiro!!! — gritó extendiendo una mano para que este le pasara un rejo íntegramente tejido. Se fue a las

espaldas de Juan José y le arrancó la camisa para comenzar a azotarlos a ambos. Si alguien hubiese contado los guamazos no hubiera podido pensar en otra cosa por lo menos en dos cuartos de hora.

—Los azoté, porque no tengo la seguridad de que no volverán a enfrentarse —dijo Piero.

Para cuando Joaquín y Casimiro los desamarraron ya Piero se había marchado. La paliza los había hundido en un completo desmayo, por lo menos más de una noche tendría que pasar para que ambos comprendieran lo que Piero quiso decir con:

—Cada uno de ustedes tiene un lugar en esta hacienda, tú eres negro, y tú blanco, pero tienen algo en común, son sangre del mismo hombre. Mírenla como cae en la arena, es la misma sangre. Yo soy Piero, el que los forjó hombres, yo soy Piero su p... patrón —aquello último lo había dicho titubeante.

El momento más comentado en los últimos días por miembros del gobierno se dio lugar.

La inauguración de la escuela militar, una edificación de la época para que perdurará en la historia por siempre. El general Luis Barrios fue el jefe asignado; de la mano del ministro recibió la

responsabilidad que tendría de formar un ejército nacional a la disposición del gobierno.

El presidente de la República dio un largo discurso y hasta el tema de la seguridad del comercio con Italia y Alemania recibió un espacio en el tiempo del ministro Carlos Moro.

Piero fue asignado en velar por los presupuestos de las guarniciones y las tropas, también se abrió un margen para el tema de la iglesia y las leyes que la regían.

Luisa Correira o la dama rosada como la llamaba Piero, soportó durante todo el acto la filosa mirada de doña Teresa, la primera dama, aun así no se apartó de Piero ni un instante.

El ministro de hacienda se acercó a la mesa donde compartían Piero, su compañera, el señor Mudarra y otras personalidades para presentarles al escritor Sebastián ponte.

—Les presentó al sociólogo Sebastián Ponte —dijo, y continuo —escuche hablar mucho de él en mi corta estadía por Colombia.

Piero se fue a sus recuerdos por un instante y luego se puso de pie lo más cordial que pudo para prorrumper.

—Sería un gran honor para mí si usted se sentara a mi mesa, aquí en Venezuela tratamos

con decoro a los hombres importantes.

A lo que el adulado contestó.

—Únicamente soy un sociólogo por preparación y escritor por naturaleza; los demás calificativos lo han hecho de mí grandes hombres como usted —y se dispuso a sentarse.

Al poco rato aquel hombre que bien dominaba el arte de reseñar la historia, hasta el punto de inmortalizarla, había hablado de la dictadura del general Ustariz en el Ecuador, de la toma del poder de Eduardo d` Franco en Bolivia, del conflicto armado en Centro América y sus fronteras, y del fallido artificio que Norte América dio al Uruguay en su guerra por territorio contra Brasil.

Otras intervenciones, sugerencias y preguntas hacían la velada interesante. Y se alzaron las copas por un brindis, al instante se acercó un mensajero.

—Traigo este encargo para el primer presidente del congreso.

Piero se tomó su tiempo para intervenir, miró y detalló el presente, posiblemente una botella dentro de un elegante estuche de piel.

—¿Para mí? —intervino.

La sujetó para sacarla, detallarla,

destaparla y olerla, fue un acto seguido. Entonces un cumplido escrito en un papel.

<< De la hacienda *La Celestina*, una botella del clásico ron *El Misionero*. Para quien lleva el cargo de primer presidente del congreso>>

Una bebida noble con propiedad y origen añejado, con un trasparente color ámbar de cuerpo sutil y apariencia melosa. Fue una cortesía de la hacienda *La Celestina* allá en la provincia, rendida al paladar de quien se consideraba un excelente catador.

La inauguración de la escuela militar fue un hecho histórico, un acontecimiento inolvidable, y cuando las horas se habían llevado todo, Piero estaba en su hacienda, en su cuarto con su amada ya dormida. Se paró de la cama, encendió la lámpara y se asomó por el ventanal, era casi media noche pero él estaba convencido que su compadre vendría. Sacó dos copas y destapo la botella de ron, para comenzar a beberla muy despacio hasta que apareciera su compadre, pero el tiempo se rendía salió y se sentó afuera de la habitación. Ya había bebido lo suficiente cuando se dispuso a entrar, al instante escucho un ruido.

—Sabía que vendría compadre —musitó sin voltear. Se percató, se asomó luego por la ventana

y nada encontró, sólo la entrada de la madrugada. Así que tal vez fue el viento que golpeó la ventana, echó un vistazo a su amante rendida por el sueño y se dispuso a apagar la lámpara. Cuando todo quedó en completa oscuridad escuchó.

—¿Qué es lo que pasa contigo?

—¡Carajo compadre! —replicó al responder —Usted si tiene vainas, yo estaba seguro que vendría, mire le guardé de esto.

Piero encendió nuevamente la lámpara y le mostró la botella a medio consumir, y éste dispuso a servirse.

—Esta botella me la obsequiaron y yo quise que fuera para ambos ¿a que no me adivina que licor es?

Le preguntó subestimándolo. El sombrío personaje tomó un sorbo y cuando su paladar lo probó respondió indiferente.

—En realidad es un producto noble, complejo, de cuerpo delicado, una obra artesanal. Concluyó inmutable.

—No es vino, ni whisky, ni es brandy, ni coñac.

Exclamó eufórico, Piero.

—Es producción nacional, yo lo considero identidad propia para Venezuela¡¡¡ Cultura

Compadre !!! Ron. Salud levantó la copa y se dio un gran trago.

Arriba y al fondo de aquella habitación, el tricolor nacional arropaba extendido la mayor parte de la pared. Abajo sobre la cama, la amante de Piero, la luz de la lámpara dejaba ver su cuerpo semidesnudo entre las sábanas.

—Compadre —le interrumpió Piero la contemplación —dígame una cosa ¿dónde se consiguió la primera bandera venezolana?

—Puedo recordar claramente que vi a una mujer coserla una noche antes que se izara aquí en territorio Venezolano. Esa mujer era la amante que tenía el precursor de la independencia en una de las islas del inmenso mar caribe.

—Compadre usted que conoce el sentido de los símbolos ¿Por qué ese amarillo azul y rojo? —y continuó su intervención listo para escuchar.

—Esa tu bandera, fue inspirada por una mujer “Catalina, la viuda del Zar Pedro el grande” ella le preguntó al generalísimo ¿qué colores tendría su bandera? Y él le respondió.

—Amarillo como tus cabellos, azul como tus ojos, y rojo como tus labios.

Pero los ojos del compadre se volteaban sobre la dama rosada y su pesado sueño.

—¿Verdad que es hermosa? —le interrogó Piero.

—Ciertamente lo es —respondió su compadre

—¿La más hermosa de todas las mujeres verdad? —le preguntó con otro ángulo.

—Esta tu dama rosada —replicó —no consigue ser más hermosa que la mujer que tu un día llamaste, la negra dignidad.

Piero la recordó en el acto y agregó

—Sí, usted tiene razón, la negra dignidad fue más hermosa. Yo he tenido las mujeres más hermosas que haya parido esta tierra —se dio un hondo suspiro y continuo —ya hace tantos años de eso que casi se me había olvidado ¡Usted porque no conoce el tiempo compadre! —y se sirvieron un par de copas más.

—Por cierto Piero, no le cumpliste la promesa de darle al hijo que tuvieron ambos, su lugar en esta hacienda.

Piero se hinchó de asombro y se empinó el trago más largo de toda la noche y puso de un golpe la copa vacía sobre la mesa.

—La negra dignidad fue mujer de otros hombres, no alcanzó a darme un hijo. Y en cuanto a esa promesa, usted porque no me dice

dónde está la negra dignidad en este momento —y dispuso a servirse nuevamente.

—Parece que cuando estás conmigo pierdes tus recuerdos —dijo irónico.

—¿Olvidaste que un día la condenaste a cuidar un baúl de doblones españoles? la mataste, porque consideraste que solo ella, que te amaba y te adoraba, ella y nadie más que ella, podía cuidar mejor lo que era tuyo.

Piero se levantó de su silla y se puso a mirar a través de la ventana, la luna era inmensa como dispuesta a luchar con el sol para permanecer en el firmamento, uno delante del otro.

Los gallos ya tenían rato anunciando el día, la claridad había nacido esa mañana.

El ron se fue con la noche, la dama rosada aún no despertaría y Piero tendría que responder a sus recuerdos.

—Sí, sí me acuerdo, recuerdo que me amaba y recuerdo el baúl con los doblones también. Yo le prometo que voy a sacar ese entierro para liberar esa alma, lo haré porque cuando vaya a la provincia, llevaré esos doblones conmigo a la hacienda la celestina para comprarla y hacer del ron y su linaje la identidad del venezolano.

—Aunque aciertes en la idea, eso no

te corresponde a ti realizarlo —le comentó el representante de los infiernos.

Más Piero no prestó atención ninguna al comentario, pues el recuerdo de la negra dignidad ciertamente removi6 algún sentimiento en el espíritu de aquel hombre que no conocía el margen de sus ambiciones.

Sucedió en aquellos días que una incertidumbre invadió a Martín. Hacía algún tiempo que no veía a Graciela y convenció a mala suerte para que fueran a la casa de Carmela a preguntar a Carmen.

—¿Qué es lo que quieres muchacho? —le preguntó Carmen cuando lo recibió.

—Vengo a traerle esta carta a Graciela —y se marchó inmediatamente.

Lejos muy distantes de allí, en las aguas del muelle junto a los pescadores, Martín le contaba a Ramón el contenido de la carta.

—Le mande a decir que si aceptaré su ayuda para trabajar en los campos de caña de su mamá y estar más cerca de ella.

Ramón prefirió no agregar nada al respecto.

Un día más de agosto que deslumbraba con el aroma del café en el este de Caracas.

Incontables plantas de granos rojos y flores blancas, la flora en todo su esplendor, en los cafetos de don Jacinto Mudarra, quien se abría paso entre las hojas verdes acompañado de Piero y el General Jorge Correira.

—Con las nuevas normas de comercio el “Café fama de Venezuela” se exportara hacia Europa con mayor privilegio —comentó Correira con un singular sentido de conveniencia y responsabilidad.

—Es cierto que son pocos los privilegiados, pero la crisis económica no nos permite dar mejores alternativas a los pequeños cafetaleros, habría que invertir una fortuna en ponerlos a la altura del convenio con Italia y Alemania —intervino Piero.

—Sin embargo, me complace que estos pequeños cafetaleros puedan vender sus granos en el en mercado nacional —agregó don Mudarra.

Piero, Mudarra y Correira, parados frente al sembradío. La faena de recolección comenzaría pronto y los sacos de sisal repletos de granos saldrían por aquellos caminos para llegar al puerto y salir por el mar rumbo a Europa. Las sombras de los árboles de guamo, el horizonte rendido a las brillantes hojas verdes, el olor era la carta de

presentación del sabor de aquel oro listo para tostar.

—General, habrá una buena cantidad de sacos para usted y el Ministro Moro —Don Mudarra hablaba lleno de satisfacción y continuaba —para usted mi amigo Piero...

Pero Piero lo interrumpió.

—Lo nuestro lo hablamos cuando el café este montado en los navíos.

Una noche más. Gritos y algarabías que surgían del corazón de la gallera de Domini. Carmen salía del interior del lugar, Martín la sorprendió y la haló por un brazo.

—¿Por qué no vino Graciela? —le preguntó. Carmen respondió de manera inmediata.

—El joven Juan José le prohibió volver aquí. Sólo yo puedo venir.

Pero Martín no quería entender.

—¿Le entregaste mi carta? —le preguntó.

—Si, y te respondió con otra carta —dijo Graciela

Martín se la arrebató de las manos y la abrió desesperadamente para hundirse entre sus líneas.

<<Martín, llegaste a este puerto por el mar, el mismo mar que ha visto tantas injusticias, verde

como el color que se te pierde entre tus ojos, estoy llorando porque no podré verte más, mi hermano leyó tu carta y por eso no podrás trabajar en los cañaverales para estar junto a mí. Olvídate >>

Por un instante no escuchó ruido alguno

—¿Por qué? —se preguntaba Martín.

—¿Qué dice cubano? —preguntó mala suerte.

Ramón no podía leerla y Pedro tampoco leía, Martín les explicó y al final agregó.

—Pero... yo la quiero.

La noche continuaba en tinieblas para él.

—La única manera de que ganemos es que no apostemos al mismo gallo que Pedro. No apuestes mala suerte ¡por favor! Ya hemos perdido casi todo y apostaremos lo que queda al ganador.

La sabana y los extensos llanos de Venezuela cuando los arroja la noche, los cubre también la dulzura y la melancolía, cuando quieren reír y cuando quieren llorar, lloran todos sus parientes.

Esa noche fue considerablemente lenta.

—Caramba hermano esta noche sí que esta triste, yo te dije que no podía ser —recalcó Ramón y asombrado por los ánimos deprimidos que tomaban a Martín al punto de hacerlo llorar.

—No puede ser, deberías sonreír, ganamos con los gallos, mira mala suerte ya se durmió borracho —exclamó sorprendido.

—Tú no entiendes —expreso Martín.

—Pero si apenas la conoces —Ramón hacia un esfuerzo por consolarlo.

—¡Si! a ti también te acabo de conocer y si arbitrariamente rompieran nuestra amistad, también me lastimaría.

Ramón se puso de pie y dijo.

—Bueno eso me alegra, tu amor con esa muchacha se te pasara.

A lo lejos quedaba la luna alumbrando con su luz prestada, como único testigo entre Martín que le daba la espalda y Graciela que velaba su hermosura allá en el firmamento.

Allá en la hacienda de Alfonso López, el segundo presidente del congreso, estuvo hablando de las normas de comercio aprobadas por el gobierno. Aquel hombre inconforme, avaro y codicioso se expresaba.

—Estas normas ciertamente nos benefician, pero hay hombres como el general Correira, como Mudarra, los *Schomok*, el presidente Carabaño y el mismo Piero, que obtendrán la mejor parte.

Monseñor también dio su punto de vista.

—Usted pudo usar su voto para que no se aprobaran y sin embargo no lo hizo.

Pero a López no le convenía ir en contra de las decisiones de la mayor parte de los diputados del congreso.

Los próximos días pasaron igual. En la cantina, entre reuniones de hombres que se narraron acontecimientos vividos en días de la guerra federal.

—Mi general Zamora, retó a los oligarcas a la última batalla, allí, en la sabana, con pocos hombres. Los generales del gobierno movieron toda su artillería por los caminos, subestimaron a Zamora. Pensaron que sin caballería ni artillería, los federales no podrían con los centauros de Apure, los hombres de Páez no imaginaron el infierno. Y entonces cuando llegó la hora de la batalla. Ordenó prender fuego a toda la sabana y el espanto ardió en un instante, aquello fue el infierno, la cólera de Dios, la mortandad fue inmensa, allí murieron los dos ejércitos, había algo de misterioso y fantástico en todo aquello, mi general Zamora parecía tocado por Dios, y tomado por el espíritu de la inmortalidad. Casi sin tomar aliento continuaba con entusiasmo creciente.

—Un lastimoso cuadro de muerte envolvía todo, los caballos relinchaban y brincaban por encima de la candela, la montaña se caía a cañonazos, el ejército de los oligarcas había perdido toda la infantería y solo contaba con una columna dispersa. ¡¡¡Que viva mi general Zamora!!! —gritó erguido.

Los veteranos de la guerra federal continuaron narrando los enfrentamientos y batallas, entre los conservadores y los liberales. La toma de Coro, la formación de las guerrillas. Se contaban tantas anécdotas que aun vivían en los ojos de sus propios guerreros.

Era noche de invierno en la tierra de cumbre y vientos, litorales esplendidos, Ramón enfrentó la terquedad de Martín, al fin fue convencido y acompañó a Martín a la desembocadura de un río a encontrarse con Graciela.

—No dejaré que te hagan nada —le decía la muchacha.

—No le diga mentiras —replicó Ramón para luego asegurar —usted sabe que si su hermano lo vuelve a ver con usted, lo ahorca y lo lanza al monte.

Graciela prefirió terminarlo todo.

—No te vayas mi amor —suplicaba Martín, pero Ramón lo sujetó fuerte y no pudo lograr

alcanzar a Graciela que se marchaba. Así por esa razón y de esa manera duraron días sin verse. Ella lloró profundamente un vacío en el corazón y él lloró un grueso nudo en la garganta.

Una Tarde en la cantina, les propusieron desembarcar un par de grandes navíos, cargados de vinos, frutas secas, tafetanes y telas de seda.

—¡Van a pagarnos bien muchachos! —les alertaba mala suerte.

—Es verdad, anímate Martín —recalcó Ramón.

—Es mejor ganar plata apostando a los gallos —dijo Martín.

—Ah cubano tú con tus cosas.

Cuando Martín se dejó convencer, fue bajo una estricta he irrevocable condición.

—Bien, pero con lo que nos paguen compraremos un gallo para que pelee con el gallo Canelón del mulato ese que mientan Pancho.

Todos estuvieron de acuerdo y a la mañana siguiente muy temprano montarían en las mulas que los llevarían a los muelles.

Aquella noche Caracas se vistió de gala, como una noble sucursal del cielo. En el teatro capitalino se distraía la clase más opulenta ante las eminentes manos del concertista *Aristilletti* y dos

foráneos compositores. La música fue el presente, el alegato la distracción más apreciada de la clase. Piero llegó en su carruaje a las inmediaciones del teatro. Cuando su criado se dispuso a abrir la puerta que le permitiría su salida, éste le ordenó que se retirara. Piero sentado dentro de su carruaje vestido con su más elegante levitón volteó a su derecha y comentó.

—Pensé que por nada del mundo llegaría tarde a esta función en el teatro.

El perfil del hombre que lo acompañaba se mostraba primoroso, con un sombrero de copa y entre sus manos un bastón para diversificar su elegancia.

—Pronto llegara el geógrafo que tu gobierno ha solicitado para marcar sus límites geográficos y debes prepararte, viajaras a las provincias —le hablaba mientras miraba por la ventanilla hacia los caminos que le pasaban por el frente. Caminos de tierra desnudos o quizás vestidos con su único ropaje.

Piero hizo hincapié en lo que le había dicho

—¿Por qué te preocupas por eso? —le preguntó

—Si no te privaras de sensato, tú mismo te lo pudieras contestar.

—Iré compadre, por ningún motivo faltaré a esa expedición por la provincia... ¿Pero dígame por qué le mortifica tanto que yo me quede?

Desde la rejilla se veían más de aquellas personas que asistían al teatro. Y fue cuando lo miró de frente para imponerle.

—¡No debes llevar contigo a tu dama rosada!

Piero siempre consiguió un argumento para discutir cuando algo no le quedaba claro, o cuando alguien pudiera suponer que él no tenía la razón, o quizás se le subestimara para dejarlo en segundo plano.

En una sola frase, no fue hombre de pasar por mal entendido. Sacó un tabaco, lo miró, más bien se lo comía con la vista, pero no lo encendió <<clara condición de altivez>> puso su rostro más templado y replicó.

—Usted tendrá que ser esta vez, un hombre más conciso, preciso, exacto y directo, pero sobre todo apartar los excesos, o de lo contrario no alcanzará la noche para que nos podamos entender.

Ciertamente lo pudo tratar como paradójico, pero no quiso salirse del margen. Lo cierto fue que el hombre que lo acompañaba dentro de su carruaje frunció el entrecejo y dijo.

—Tu partida a la provincia es un acontecimiento indispensable en la historia de este país.

En ese instante alguien tocó las paletas de la capota del coche.

—Señor presidente se me dijo que había llegado y después de tanto esperar he venido por usted para recibirle. ¿El señor que lo acompaña viene al teatro también?

Cuando Piero abrió la puerta, esté se asombró y exclamó.

—Pensé que usted hablaba con alguien — dijo

A lo que Piero añadió.

—¿Ya comenzó la función?

El anfitrión respondió con un movimiento de cabeza afirmativo. Aunque Piero salió y cerró la puerta, el otro caballero quedó sin entender y marcó las huellas una tras otra por el desnudo camino de tierra hasta entrar al edificio del teatro capital.

Las horas habían seguido su rumbo. Martín, Ramón, y mala suerte trabajaron duro bajo el sol resplandeciente en el muelle junto a varios hombres, y para cuando terminó la jornada fueron por aquel gallo, con el sueño de destronar al

campeón de la gallera de Domini. Graciela había recibido otra carta de Martín, la cual mojó con sus lágrimas.

“Este atormentado corazón que en mi pecho tengo, pregunta por ti todo el tiempo, y yo respuesta no tengo”.

Ella, al igual que Martín, no consiguió el sueño en toda la noche. Martín en aquel momento se encontraba en el muelle junto a los pescadores abrigándose, mientras Ramón escuchaba sus fastidiosas preguntas.

—¿Estás seguro que Pedro “mala suerte” cuidara bien el gallo?

—¡Claro que sí! —respondió.

—¿Qué nombre le vamos a poner? puesto que debe ser un nombre rudo verdad

Pero Ramón sintió la necesidad de actuar bruscamente.

—¡Ya basta cubano! cállate, estoy cansado y quiero dormir.

—Está bien, pero quiero que sepas que voy a ganar mucho dinero con ese animal y voy a buscar a la princesa de mis sueños y ni tú ni nadie me lo va a impedir.

Un nuevo día que no pautó diferencia, pero llenó de intriga a Carmen y a Graciela.

Juan José llevaba una inquietud entre sus sienes y trató de aclarar algunas cosas, concernientes al cubano que merodeaba a su hermana.

—¿Qué pasa con ese muchacho? Parece que no he sido suficientemente claro con él. Voy a tener que buscarlo para que no te moleste más — gruño Juan José.

—¡Déjanos en paz! —le exigió la bella dama con un tono como nunca antes lo había hecho. Juan José continuo soplando el café con un cierto grado de indiferencia y sólo Dios supo lo que pensaba en silencio mientras aquellos ojos grandes se le reducían perdidos entre la taza de barro.

Por otra parte en una de las veredas del pueblo, surgía una conversación.

—Ya todo está listo —dijo Martín al resto del grupo y continuaba con entusiasmo creciente —hablé con el señor Domini y esta noche canelón peleará con nuestro gallo.

Pocos pasos quedaban para llegar al sitio donde mala suerte guardó las esperanzas del cubano, ese comentario lo acompañó Martín con una gran alegría. Al fin llegaron al cocotero, allá en aquella casa de adobe donde mala suerte amarró el gallo tanpreciado. El gallo ciertamente estaba

ahí amarrado, de su patita a la pata del cocotero, con su escaso plumaje blanco y su roja cresta, tendido al lado de un fruto que cayó de lo alto de la mata para causarle la muerte, con el ojo abierto por donde Martín vio una noche ante una esperanza hueca y sin fundamento. Cruel y desmesurado acontecimiento que abatió a Martín en su batalla por amor.

Ese día sirvió para que Martín conociera la noticia que Ramón siempre temía, el peligro inminente que le acechaba y nuevamente le escribió a Graciela.

“Tu hermano anduvo en el puerto preguntando por mí, más no me encontró, vino acompañado de dos hombres y golpearon a Pedro para dejar claro que no quieren vernos juntos”.

Y entre frases más y frases menos continuo aquella carta.

“La primera vez que te vi, sentí el salto del primer amor y tu cara bonita, niña, ahora una bestia enfurecida nos arroja en lugares opuestos. Olvídame, allá ibas la última vez que supe de ti, tan lejana para mí, tan hermosa ilusión hiriente”.

Rosa Montoya conoció el suceso que marchitaba a la hija del patrón, la misma que él encomendó cuidar como una flor.

—Dile a ese muchacho que se monte hoy en el primer barco que salga, para que se busque otra historia, se enamore de nuevo y lo pueda contar —le aconsejó, a la flor que ella ha regado durante años.

Después de todo hubo riña donde Domini. Con lustrosos plumajes, cresta y trazos con espolones. Pancho llevo su mejor gallo, al que todos conocían como Canelón. El primer retador había muerto, pero sin embargó llegó un segundo gallo, lo llevó un viejo trabajador de los fondos, quien apenas entró al ruedo provocó que un silencio entumecido se apoderara del circo antes de abrir las apuestas. Canelón atacó rasante y vertiginoso atropellando varias veces a su contrincante de menor tamaño y escasas plumas marrones, una aparente victoria, herido y sangrando el desplumado saltó a imponer su rabia incrustándose en el cuello de Canelón, produciendo sacudidos varias veces para sacar su garra. Canelón, invicto de todas sus peleas, atacó otra vez, picoteó pero no podía abrir sus alas, ciertamente causó daño el gallo del viejo, pero otro espuelazo similar al anterior dejó salir el hilo de sangre áspera, mucosa. Canelón cerró los ojos sin siquiera aletear, ya no escuchó más la algarabía, pero parado como todo un héroe dando el último

aliento por su ganado honor, esperaba el zarpazo que pusiera fin a su existencia, cuando sintió en su cresta el fatal picotazo de la noche. El nuevo campeón sería uno como nunca antes se había visto en el puerto, Marrón, lo llamó el viejo que lo trajo. Recogió su dinero, al animal, le acarició, la cabeza y se marchó —¡¡¡Pancho recoge tu gallo muerto!!! —gritó alguien desde el fondo del patio.

El geógrafo *Tomas Caperly* llegaría a Caracas en un par de días, y Piero tendría que partir a las provincias. Pero aquella noche, en el margen de lo prometido, la luna llena alumbraba frente a Piero, unos peones notaron que se alejaba cada vez más para internarse en la oscura noche, el único testigo que seguía en el firmamento rodeado de luceros, era la mismísima soledad profunda de la noche.

Lo cáspita no fue Piero, ni el peculiar ruido de la noche, lo fue la solloza penumbra como un lamento mientras Piero surcaba en la tierra. Así husmeaba con una pala entre lo oscuro, en el preciso momento cuando dio con los restos de quien un día él llamó, mi negra dignidad.

Por fin su alma quedaría libre para el descanso eterno, aunque la calavera yaciente sobre el montón de tierra frente a él, como si lo

mirara desde el más allá, tratase de decirle que no bastaba con ese gesto para resarcir el daño causado.

—Me perdonaras negra, porque me amaste me perdonaras —dijo con un tono adolorido y algo más comento sin saber si alguien podía escucharle —haz cuidado bien mis doblones de oro, para eso te traje aquí, pero ya eres libre.

Sujetó fuerte el baúl y lo acomodó de manera que su caballo los pudiera llevar a ambos, y cuando se dispuso a montar, una mano lo detuvo fuertemente por un hombro —¡Espera! —le hablaron con voz gruesa y acentuada, Piero sin voltear pronunció.

—¡¡¡ Señor!!! ¿qué hace usted por estos caminos?

—¿Te das cuenta lo que eres? ¿quién eres? lo que una noche me pediste hinchado de deseo, íntegramente te lo concedí. Ahora soy yo el que pide más de ti.

Piero exclamó con sus ojos. Un enorme suspiro le llenó el alma y lo llevó a voltear casi en el acto.

—¡Pero si es el ministro Lucífugo Rofocale en persona! desde aquella no te escuchaba la voz y hoy te pregunto ¿por qué has mandado a otro a que me entregue tus riquezas?

Ambos frente a frente, bajo la oscurana, entre la noche, en el corazón del monte. Ya se tornaba difícil ver el rostro del hombre que un día lo hizo rico y que esa noche no pisaba el polvo.

Piero con su mano izquierda, inclinado trataba de tapar el resplandor que le cubría.

—¡Marbas sólo cumple mis órdenes!

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Piero.

—¡A tus hijos! —respondió el príncipe de los infiernos.

—¿Pero por qué vienes hoy a pedirme algo que no es posible? pues no tengo descendencia.

Piero interrogó con sus argumentos y pretextos, pero tajante y determinante se le impuso el otro ser.

—Ciertamente entre los hombres hay diseminada sangre de tu sangre y eso es lo que deseo de ti —la doctrinada y misteriosa silueta ya no se dejaba ver.

—No es posible tu deseo Príncipe de las tinieblas —Piero mantenía su respuesta.

Para concluir aquel encuentro la voz tenebrosa se pronunció imponente —¡¡¡Sangre de tu Sangre!!!

Y se marchó, así como se marchó la noche y el siguiente amanecer.

Una nueva tarde llegó. Pancho a caballo arreaba tres asnos cargados de mazorcas, al igual que todas las tardes, traía el maíz para los peones de *El Toro*. Se detuvo en el sector que todos conocen como el aguacate, el único en cinco kilómetros que le ofrecía un manantial, mojó todo su afro y arrimó las bestias para que se deleitaran

—¿Qué pasaría con el pataruco de Pancho?
—preguntó un elemento de espaldas a éste.

Entonces Pancho arrugó la cara y levantó una de sus cejas para lograr observar <<gesto propio de alguien que se va a enojar>>

—Creíamos que era gallo y nos salió poniendo un huevo —agregó un negro desdentado. Pancho acomodó su sombrero de paja sobre uno de los asnos

—Todos perdimos nuestras apuestas — continuaba la burla.

—¿Quién le busca un problema a este negro?

Replicó ante los ocho hombres que reposaban en el lugar, dos sujetaron sus chaparros, otro se armó con un cuchillo, el desdentado volteó para encontrarse con el velludo ombligo de aquel hombre enfurecido, alzó la mirada por el centro de aquel pecho desnudo para encontrarse con aquella

barba tan áspera como la tierra, un rostro con las venas hinchadas y los ojos fuera de sus orbitas. Pancho le cubrió toda la cara con la mano abierta, lo levantó un poco del suelo, impotente a la fuerza que le sometía, el hombre salió impulsado una distancia considerable para atropellar a los demás. Fue rodeado por los otros siete hombres, tau, su perro, salió en su defensa amedrentando con sus ladridos, Pancho arremetió contra el hombre del cuchillo, de un golpe le partió los huesos de la espalda o tal vez fue la columna entera la que rompió ante semejante golpe.

Sus manos tan largas conjuntas a esos estirados brazos no tardaron en sujetar por el cuello o nuca a aquellos que sostenían los chaparros. No había nada que pudieran hacer los otros cuatro, estaba decidido a triturarlos, cuando en medio del alboroto uno de sus burros cayó al mediano pozo del manantial. El animal estaba por hundirse por completo, la tierra que pisaba cedía a su peso, trecientas libras de maíz y cuatrocientas del animal se lo hubiera tragado el fango sin mayor problema. Todos conocían lo que Pancho podía hacer con su fuerza, ciertamente fue una locura retarlo a luchar con tanta desventaja, sólo ocho hombres no son suficientes para dominar el espíritu de tigre de un

ser humano capaz de sacar setecientas libras en su espalda de la garganta de un caño movedizo.

Perdió su sombrero, si, se fue con las aguas acompañándolas en su travesía. Montó en el caballo, observó los alrededores, cuatro hombres desmayados y cuatro que sólo la vegetación y Dios saben por dónde se fueron.

Dentro de la magia del atardecer y los cientos de sauces que iban desde la esquina del consejo por la orilla de los mercaderes, hasta llegar al despacho del gobernador, allí se presentó Piero, para entrar sin anunciarse y conseguirse con los ingenieros Enríquez y Tebar de Muñoz, además del señor Joaquín Zuruaga.

—¡Buenas tardes señores! —saludó de muy mala gana. Fue correspondido rápidamente. Piero observó de pie a cabeza a Zuruaga y se le dirigió con autoridad.

—Gobernador usted y yo tenemos muchísimas cosas de que hablar.

Y en instantes los ingenieros se despidieron dejándolos a ambos en sus anchas.

—Quiero que entienda para que he venido aquí. Sólo me interesa aclarar un asunto, usted no es gobernador de Caracas porque esté a la altura de dirigirla sino todo lo contrario.

Zuruaga se puso muy tenso hasta el punto que no pestañeaba mientras Piero continuaba.

—Usted es Gobernador gracias a mis esfuerzos, pero que le quede claro, puede dejar de serlo cuando yo así lo considere necesario.

Zuruaga no entendía nada, sin embargo no aportaba nada más que su cuerpo parado y templado.

—Supe esta mañana que se le expidió un vale firmado por el presidente Carabaño para costear la transformación de Caracas y le exijo una explicación.

El Gobernador no consiguió argumento para discreparse y comenzó a aclarar el espacio que ya se tornaba demasiado tenso.

—He considerado apropiado que la plaza mayor —dijo con voz diáfana y continuo —pudiera ser un lugar con sus espacios propios, que sirva para reuniones de la gente, con sus respectivos jardines, estatuas, y asientos con espaldares de hierro. También se le colocaran ladrillos para marcar el camino que hará juego con el rojo de las tejas. Para eso la obra requerirá fundiciones con obra de mampostería, todo en un gasto sobre los doscientos mil.

Piero y su terca manía de no disimular sus asombros, le observaba exaltado.

—Además debo decirle que también se traerá de Italia un reloj que pesa siete mil kilos,

para adornar más allá de sus techos rojos a la ciudad que muchos poetas han comparados con una media luna. Su costo será de mil doscientas libras esterlinas, más doscientas libras que devengarán un operario que lo traerá en un vapor de la *Compamilli* Italiana. El mismo estará dotado de un mecanismo corrido que al doblar sus campanas nos deleitará con las notas de nuestro Himno Nacional y un coro eclesiástico.

Y fue entonces cuando Piero se levantó para terminar aquella conversación argumentando su parecer.

—Sin embargo debo decirle que Caracas no necesita un reloj más del que ya tiene y mucho menos a un operario que cobre doscientas libras por colocarlo, entienda que si pusiéramos a un asalariado en la puerta de la catedral a que le grite la hora a cuanto transeúnte pase aun así no gastaríamos doscientas libras en un año.

—Es una cuestión de cultura propia — interrumpió bruscamente el gobernador — y además de clase señor.

La conversación proseguía ante la insistencia. Las palabras de Piero tomaron terreno una vez más.

—Después que se bordeo la serranía para que el agua llegara a las haciendas de café, el gobierno no podría costear otra obra. Así que le exijo que me entregue el vale que le firmo Carabaño y luego hágame llegar su renuncia a mi despacho.

Zuruaga abrió la gaveta del escritorio y sacó el mencionado vale para entregárselo, a lo que Piero profirió iracundo.

—¿Este miserable papel fue el vale que le firmó? que falta de respeto, un vulgar papel mal recortado.

Se acomodó el sombrero y se retiró dejando a Zuruaga sin palabras sentado en su silla de suela.

El navío que traía al geógrafo *Tomas Caperly* acompañado de los fotógrafos Federico Aleixandre y Vicente de Vega, llegó al muelle del puerto donde fue recibido con gratos honores. Durante las primeras horas del día recorrieron la ciudad, tomaron algunas imágenes de las ruinas del terremoto de la década pasada y despidieron las últimas horas de la tarde con un sumario discurso.

—El pueblo venezolano ha llamado todos sus movimientos, cuartelazos, invasiones y motines diversos, indistintamente, revoluciones.

Al cabo de muchos años de sacrificios y guerras no puede esperarse que sea prospera la situación fiscal de Venezuela y eso lo saben los gobiernos en Europa. Este país que se vanagloria en haber sido uno de los primeros en Sudamérica que reconoció el principio de la soberanía popular, que sembró un movimiento firme y reformó su condición declarando una autonomía o separación, como lo llamó el Libertador en su lecho de muerte. Yo he venido en respuesta a ese alarido de patriotismo que me confiere y que exige sus límites y derechos geográficos.

Los aplausos se apoderaron de la sala, el presidente también aportó algunos pareceres.

Al tanto que los méritos continuaban siendo aplaudidos, pero un sentimiento muy aparte pasaba de extremo sobre las ideas de Benjamín Morillo. Mientras la recepción se suscitaba, Carabaño y Piero se enfrentaban en una discusión en una de las salas de la hacienda *Palacios*.

—Joaquín Zuruaga ha sido un excelente gobernador para Caracas ¿por qué lo has destituido?

Le reprochaba a Piero, quien si pestañar contestó.

—No permitiré que se convierta la República en un hueco de mendicidad y mal

uso de sus recursos, antes de que parta a las provincias designaré a un nuevo gobernador que me participe las decisiones que tome.

—¡Zuruaga seguirá siendo el gobernador hasta que yo decida lo contrario! —se imponía Carabaño, los gritos salían de la sala.

—Miguel Carabaño, si tu tío estuviera con vida te quitaría la presidencia que una vez te entregamos. No discutas mis decisiones, has lo que te digo, hay hombres en el congreso que conocen tus debilidades como mandatario y eso es grave porque un día podrían derrocarte.

Aquello último lo dijo Piero en un tono más calmado. Pero algo quedo claro, Zuruaga ya no sería el gobernador.

Llegó el día tan esperado, la boda de Benjamín Morillo y Rosa Contreras. El presidente Carabaño se presentó en la ceremonia con sus invitados especiales, *Tomas Caperly*, Federico Aleixandre y Vicente de Vega. La noticia de la destitución del gobernador fue el tema de conversación por todos los caballeros.

—Se paralizó la transformación de Caracas ¡Piero es un desgraciado! <<cosas como estas por ejemplo>>

—El permitió que se bordara la serranía, porque así el agua llegaría a las haciendas de café de Rojas Padilla, Jacinto Mudarra y a los cañaverales que se encuentran dentro de las tierras de *El Toro*. No le importó que se gastaran cientos de miles de pesos.

El General Luis Barrios, jefe de la escuela militar informaba algo de lo que nadie tenía conocimiento.

—La casa del General Domingo Castro se financió con dinero que salió de la tesorería y Piero no dijo nada porque él se quedó con la mitad. El centro hospitalario de militares también corrió con la misma suerte.

Y hasta el General Correira tuvo participación de la voz acentuada de un fabricante de pastas italianas, el señor Marcus Griella.

—El ex ministro Félix Cortez, me contó que cuando se paralizó la construcción del palacio episcopal, el dinero no se devolvió al Estado, Piero y el General Correira lo malversaron. A mi paisano Elio Dorto, se le consiguió su licencia para exportar víveres, licores y otros productos que ellos compraban con esos pesos.

Muchas cosas se dijeron, pero sólo las que involucraban a Piero y a sus partidarios, nadie

comento nada que incomodara a ninguno de los presentes.

Mientras templaba la brisa en los cañaverales de Carmela, mala suerte y Martín se aproximaban a la búsqueda de Graciela, el plan para llevársela estaba en marcha. Para tal fin, se robaron una carreta de los pescadores, Pedro esperaba a Martín que buscaba a la muchacha, se tomó el último trago de miche y arrojó la botella unos cuantos metros como pudo, cayendo sobre un corral alborotando las gallinas que no tardaron en quebrantar el silencio. Joaquín, Casimiro, Juan José y otro peón que reposan muy cerca lo escucharon.

—Allí están otra vez esos animales comiéndose las gallinas —dijo Joaquín, se terció su arma y se convenció de acercarse.

—¿Qué vas hacer? —le preguntó Casimiro.

—Tranquilo, lo disfruto —le respondió y comenzó a acercarse junto con el otro peón. Cuál sería su sorpresa cuando se consiguió con una carretera y un hombre con sombrero.

—¿Quién eres tú?

Le preguntaron. Lo primero que pensó Pedro fue en huir, Joaquín le disparo. A Juan José no le causó asombro, Pero a Martín le comenzaron a atacar

los nervios, precipitó más el paso, escuchó el ruido de la carreta y vio cuando Joaquín derribó el caballo con su bayoneta, a Juan José le pareció algo extraño y en ese momento el peón se le acercó para decirle que había un hombre escondido con una carreta cerca del corral, Juan José se presentó en el lugar y justo a su frente Graciela abrazaba a Martín.

—¡¡¡ Rápido vete!!!

Le grito la dulce niña, la misma que lo hizo cometer esa locura.

Martín no pudo evitar ver como aquel despiadado hombre que llamaban Joaquín disparaba sobre Pedro, a pesar de sus suplicas. Culpable fue su mala suerte que lo llevó a la muerte aquella noche de pocas estrellas. Graciela besó al cubano en los labios y luego lo empujó.

—¡Vete! —le dijo y le dio la espalda. Lo persiguieron, pero Martín pudo esconderse entre la noche y el monte, montó un caballo que consiguió cerca del matorral y desesperado sin control se marchó al muelle. Llego gritando.

—¡¡¡Mataron a Pedro!!! gritaba con la cara tapada por ambas manos. Un instante de silencio se presentó.

—Te lo dije carajo. Te lo advertí tantas veces —le recriminaba Ramón.

—Nos descubrieron y agarraron a mala suerte, continuaba Martín.

—Será mejor que nos vayamos de aquí, pueden venir a buscarte.

La hora de partir a la provincia llegó. Fue de la plaza La República de donde la primera expedición a mando de Piero, marchó. El general Francisco Moran, para dirigir la cuadra de soldados y las reestructuraciones de la armada; el ministro de relaciones exteriores, para informar las relaciones y los protocolos con Europa; el ministro de hacienda y su discurso sobre las nuevas vías para salir del atolladero económico que atraviesa el país; el Geógrafo y su equipo, con la ardua tarea que llevaría largos meses.

—Adiós amigo Piero —fue una verdadera despedida, por parte del presidente Carabaño. El general Jorge Correira y su hija Luisa, también cumplieron con su presencia en aquella despedida. Y sucedía en otras lejanías que Ramón y Martín se habían alejado lo suficiente.

—Estos caminos los abrieron los federales para huir, nunca te encontraran por estos campos no, cuando hayas pasado dos días más de camino.

Los próximos días no dejaron de ser calurosos,

transcurría el mes de octubre, una buena época para las haciendas de Jacinto Mudarra, Rojas Panilla, Cruz Carrillo, el general Luis Barrios y otros señores del café.

El presidente Carabaño no consideró al candidato que Piero escogió para la gobernación de Caracas y de su más reservada confianza se eligió al señor Julio Narváez, conocedor de la materia de administración pública, oficio que lo hacía resaltar, hasta el punto que la hacienda que heredó de su padre con una cuantiosa cantidad de cabezas de ganado se hallaban en manos de terceros lejos de sus ambiciones particulares. Y en una conversación reservada en la hacienda de los Morillo, con su buen amigo el joven Benjamín, a su vez contemporáneo de sus días, un comentario muy responsable se formó desde la voz del nuevo gobernador.

—Este gobierno tiene mucha semejanza a los piratas Ingleses y franceses que atemorizaron nuestras costas en el siglo XVI. Han expropiado, atemorizado y saqueado a esta República a sus antojos, en mis pocos días en la gobernación he conseguido asientos injustificados —y una frase que hizo roncar al joven Benjamín, se atrevió a pronunciar.

—Hasta tu padre en su condición de diputado se ha aprovechado de los bienes de la Nación.

Con una breve pausa trató de interpretar el semblante de su amigo y continuó.

—Pero un hombre ha sido el más descarado y eso no sólo está en los asientos de la gobernación, sino que supongo también en los del congreso, la tesorería, en el despacho del presidente, y hasta en cualquier rincón de la provincia.

Pero la conversación se vio interrumpida por el diputado Morillo que se acercó para saludar.

—Es una alegría que el nuevo gobernador sea uno de los nuestros —dijo el viejo Morillo.

Aquel comentario tenía una clara justificación, el hecho que Carabaño hubiese rechazado el candidato que Piero había impuesto, para elegir a un buen amigo de su hijo, era un acontecimiento relevante desde el fondo de un partido cargado de traidores, cobardes y sin vergüenzas.

Así los llamaba Piero allá en una conversación con el gobernador de la Provincia de Los Llanos.

—Cuando los días de la guerra yo se lo participé al difunto Alberto Carabaño. Por eso estuve

de acuerdo con el Programa Federal de Manifiesto —dijo el gobernador de los Llanos.

—Yo sé muy bien quienes conspiran contra mí, la envidia es el principal enemigo que he tenido, los principios que defendían los federales no existen entre las conveniencias de quienes me quieren lejos del congreso. Cuando regrese a Caracas voy a tener una conversación bastante apretada con Miguel Carabaño para salir del segundo presidente del congreso y de algunos diputados antes que sea demasiado tarde.

Piero tenía muchas cosas más que decirle, pero la más importante ya se había hecho conocimiento. La lealtad de aquel gobernador a sus pareceres, fue objeto de llevarlo a proferir.

—No se extrañe el día que le llegue una carta indicándole un nuevo cargo que ejercer en Caracas.

Comentario que le ocasionó una sonrisa al gobernador.

Aquel día un rumor comenzó a ser noticia, un padecimiento atacaba la salud del presidente.

—¡Voy a estar bien! —le repetía al ministro Correira

—Es solo una gripe mal cuidada.

Pero Correira insistía que su estado era obviamente delicado.

Así transcurrieron dos semanas más, Piero desvió el itinerario de la expedición para llegar a los valles de Aragua, y allí fueron recibidos por autoridades locales y el equipo político.

En aquella tarde el primer presidente del congreso cruzó los valles para presentarse en la hacienda más respetada y conocida de la región.

No fue una visita sin anunciar, pues días antes había llegado el comunicado que la presentaba. El primer presidente del congreso llegó para ser recibido por don Celestino, el propietario de la hacienda que le removía sus más ocultas ambiciones. Al poco rato la confianza se había apoderado de ambos, y Piero contaba una anécdota de los días de la liberación de los negros.

—Cuando el presidente Alberto Carabaño decretó la liberación de los negros, en mi hacienda ya no había ni uno solo.

—Sin embargo escuché que usted se opuso a la liberación.

Don Celestino no dudó en contradecirlo. Piero saboreaba el café que le habían brindado, a la vez que se defendió.

—Todo lo contrario don Celestino, yo defendí esa causa, así como el partido ha defendido la

Patria de quienes pretenden repartírsela en cuartas y eso lo juro por esta santa cruz.

Piero besó una cruz que formó con sus dedos y continuo —y por la virgen María.

—Le propongo que se hospede aquí en mi hacienda, donde le atenderemos con mucho gusto. Mañana lo llevaré a recorrer los cañaverales, la destilería, le mostraré las bodegas y los alambiques —hizo una breve pausa y continuo —pero hoy brindaremos por el verdadero compromiso con el progreso económico de la Nación.

Celestino y Piero comenzaron a beber el predilecto ron *El Misionero*, que lo hizo llegar hasta aquel lugar.

Aquella noche, en la hacienda *La Celestina*, con vientos que silbaban desde lo más lejos haciendo doblar las ramas de los árboles, bajo un cielo planamente gris y sin estrellas, en el momento que Piero llegó en un caballo desprendido a la puerta de la bodega para quedar paralizado.

Su compadre, de pie entre las pilas de barriles con su dama rosada, íntegros y desnudos. Como un alfarero que trabaja en su más preciada obra, se le perdían las manos en la silueta de la hembra de cabellera larga y oscura como el azabache. Ella como abrazándolo con sus esbeltas

piernas, con sus dos manos arriba sujetaba una botella de ron *El Misionero* que dejó salir su líquido ambarino para humedecerla aún más. Aquel manantial destinado, envejecido, con alegre olor a melaza, drenaba desde su cabeza, bajó por su espalda sobre sus glúteos y continuó por ambas piernas hasta el rosado de sus pies para salpicar en las tablas y dejar un charco de sudor y licor.

El corazón se le fue a la garganta, Piero no podía creerlo. Su dama rosada y el mismísimo Marbas, se desbordaban de lujuria en un acto infiel. Aunque aquel cuadro haya despertado pasiones en su ser, éste giró a su espalda para encontrarse con un gancho de guindar costillares.

De un fuerte jalón lo arrancó y se apoderó de él para armarse. Los amantes se percataron de su presencia, en el acto se separaron los cuerpos. La tensión dejó caer la botella al piso para hacerse pedazos, el primer zarpazo fue dirigido hacia la integridad de su compadre, y lo intentó otra vez pero aquel gancho sólo cruzaba el aire, cuando en un pestañear desapareció el invulnerable ser que tomó forma de hombre para poseer a su amada, los gritos de angustia, de perdón y piedad se dejaron de escuchar cuando el gancho con toda la fuerza del ofendido cruzó de extremo la garganta de aquella

mujer que todos conocían como la dama rosada. Tal vez quiso decir algo, pero quedó marcado en sus ojos abiertos como imponentes brasas que ya no podían quemar, y la jaló, dos fuertes tirones le dio. La arrastró desnuda por la arena hasta llegar al caballo y amarrarla, luego la arrastro por los caminos que definían la hacienda.

Y fue entonces que despertó bañado en sudor. ¡Una pesadilla! Horror sin precedentes, que pudo llevar la maldición de los celos a roer los huesos de Piero y aún medio pasmado por su visión escuchó la voz de su compadre Marbas.

—Piero —le dijo —¿Qué es lo que pasa contigo? —le preguntó como si hubiese conocido su sueño.

—Compadre —con voz apesadumbrada replicó —que yo recuerde esta ha sido la única noche en que no quiero hablarle —dijo. Y se dispuso a pararse.

—Hoy he estado a tu lado todo el día. Es impresionante la cantidad de mentiras que dices.

—¡Explíquese! —le interrumpió.

—Estas dispuesto a todo para comprar esta hacienda, sin embargo, te recomiendo que inviertas en otras cosas, el oro de Guayana por ejemplo. Puedes llevar tu oro a Europa, ya he aconsejado

a otros hombres, y no han dudado, en formar los primeros bancos del mundo.

Pero Piero no encontraba importancia en aquel consejo.

—Voy a comprar esta hacienda, cuéstemelo lo que me cueste —sostenía con terquedad.

—¿Te acuerdas cuando te aconsejé vender todos los esclavos antes que se concretara el decreto de liberación?

El presidente del congreso, en conversación con el ministro del infierno. <<Cuando se cuenta así la historia, es importante lo que se dice y lo que se calla>> Y esto fue lo que respondió a su pregunta.

—Yo nunca estuve de acuerdo con esa liberación —dijo con consciente malaventura.

—No hubieras podido detenerla mucho más tiempo, el fin de la esclavitud estaba escrito y ya era el momento. Escucha bien Piero, existen dos verdades; la verdad verdadera y la verdad que permanece, la que se impone, la que responde a los intereses del poder. Esa es la verdad.

Aquello continuaba, y el príncipe de las tinieblas no se detenía. La atención hacia solemnidad, <<era como el silencio de los feligreses ante el cura >>continuaba lento, quería insistir en enseñar a Piero con una anécdota.

—Existió un rey que era bajito, o de corta estatura. Un día ordenó que se le pintara un cuadro, y fue obedecido. Cuando vio el cuadro, exaltó en furia, por encontrarse con una verdad <<era muy bajito>> tanto que sería posiblemente risible para el futuro, y ordenó decapitar al artista y destruir la pintura. El siguiente pintor que recibió la orden de plasmar la belleza y la grandeza de su rey, elaboró una verdadera obra de arte, su majestad montado en un bello caballo blanco, grande y erguido con la espada en mano mirando a lo alto. Esa era la verdad que quería el rey y esa la verdad que aceptó la historia.

—¿Lo mató? —risas.

—¿Cómo se le ocurrió pintar chiquito a su rey? —risas de ambos.

—Yo, yo no lo decapito, yo le mando a meter candela con el cuadro agarrado! sujétalo duro; —más risas. Se puso de pie y fingía que daba órdenes a alguien, como en un circo sin público, agudizaban las carcajadas al extremo de producir tos y ahogos, por el efecto jocoso de Piero y su humor negro, que fue despertado por su compadre para destemplan la actitud ante el primer presidente del congreso de la República.

Entonces el sol salió sobre la tierra y un nuevo día llegó con el lento pasar de los minutos y Piero tuvo que alistarse para reunirse con los demás representantes de la expedición.

Algunas otras lunas transcurrieron. En el puerto un navío proveniente de Italia desembarcó con útiles militares, el presidente no pudo recibirlos y fueron el segundo presidente del congreso y el ministro de guerra quienes asistieron al acto protocolar del recibimiento.

Por otra parte el cubano fue buscado por todos los campos, por la orilla del mar y hasta debajo de las piedras, por órdenes de Juan José, más no fue hallado. “Se fue de Caracas” fue lo que se concluyó. Y así lo supo Graciela, la misma Carmen se lo dijo.

—Se marchó, no pudieron matarlo.

Verdaderamente se había ido y consiguió posada en un cafetal, aunque no conocía de siembra y no estaba siendo remunerado sino con las comida, bien se ganaba algunas monedas jugando a las cartas. Era tal su destreza que presuntuoso se rascaba la garganta con una botella de ron *El Misionero* que le había ganado al capataz.

Era de noche en aquel fundo, pero las antorchas le propinaban luz. Martín fue el último en

poner las cartas sobre la mesa, había además otro hombre en el grupo de jugadores, bajito y cojo, pero de contextura muy gruesa y fuerte. La victoria de Martín, era exactamente su derrota.

Entonces estalló como una ventana de vidrios, lo miró con odio <<como el zorro que se enfrenta a la onza por una liebre >> —¡Maldito hombre! —gritó y brincó sobre él.

—¿Tienes pacto con el demonio? ¿cómo haces para ganar? —y no hubo más juego por esa noche.

Al pasar de los días llegó un religioso domingo y Monseñor llamó a todos a la Catedral para elevar una oración por la salud del presidente Carabaño

—Para que tengamos verdadera fe cuando rezamos y asistimos a misa digamos todos, “ilumínanos señor”, con esta eucaristía y la promesa que le hiciste a tu pueblo señor, Dios padre eterno, lleno de ternura y misericordia con la alegría de tus hijos te pedimos por la salud del presidente Miguel Carabaño.

—¡¡¡Amen!!!

Respondieron todos. Aunque algunas consagraciones fueron entre dientes, la de aquel descendiente de catalanes, López tan siquiera movió los labios.

Una vez más se habló del tema, enviar un comunicado a la expedición sobre la salud del presidente. Marcos Contreras y Vicente Obando consiguieron una Mayoría en el congreso. La influencia del hijo de Morillo lo hizo parecer imparcial esta vez y se escogió un mensajero que debería llevar la noticia a manos del primer presidente del congreso, más no fue posible, pues fue interceptado en el camino poco después de dejar Caracas y lo mataron. De esa manera, ignorándose lo acontecido se esperaba el regreso de los tres miembros más importantes de la expedición, los ministros de hacienda y relaciones exteriores, además del primer presidente del congreso, quien en ese momento se encontraba en la hacienda la Celestina.

Piero buscando la manera de romper la tensa calma de su anfitrión decide indagar un poco en la historia de la hacienda y gesticuló en tono adulante e impregnado de curiosidad.

—*La Celestina*. Me intriga el origen de tan sublime y encantador nombre, mas sabiendo de antemano que no es el de tan distinguido caballero.

—Bueno, mi estimado, en realidad no es tan sublime y encantador como parece, pero viendo su interés me honrará el contarle su procedencia.

Celestino abrió una gaveta de la cómoda al fondo del salón, sacó una botella oscura y finamente delineada, era una edición exclusiva de ron, *El Misionero*, que únicamente luego proseguir en tono diáfano.

—La Celestina o tragicomedia de Calisto y Melibea es una obra de principios del siglo XVI que fue muy importante para las letras españolas y que en lo personal a mí me parece un excelente trabajo literario, aunque aún no se ha precisado su autoría, en lo particular no me interesa su autor sino su esencia.

Hizo una breve pausa para servirse más ron y continuó.

—Veras, la obra trata sobre el amor que siente Calisto sobre Melibea y que por el impedimento de los padres de ésta, se ve obligado a solicitarle a la vieja Celestina que con su hechicería consiga ser correspondido. Al final ocurren ciertos acontecimientos con desenlaces fatales para los tres.

—¿Cómo es posible? —interrumpió bruscamente Piero —¿Cómo pudo poner el nombre de una vieja bruja a tan maravillosa hacienda?

—He allí el problema —retomó la palabra Celestino.

—No trate de juzgar un libro sin leerlo, pues esa obra encierra en sus líneas ese sentimiento que nos embarga a veces, de poseer algo a toda costa sin medir las consecuencias que nuestras acciones traerán consigo al final. Trata sobre la mente humana y sus posibilidades de destreza y raciocinio, cabalidad y juicio, mi estimado. Por eso le coloqué ese nombre que me recuerda cada día que las acciones que tome en mi vida sobre cualquier aspecto deben ser analizadas y estudiadas antes de ejecutarlas.

Concluyó Celestino con una mirada vaga. Como hundido en la pasión de sus propias palabras.

Piero aclaró la garganta, <<quiso decir basta, o tal vez, éste gesto anuncia que ya entendió>> una vez correspondido y con intención de no pasar de menos inculto, propino entonces.

—Veo la pasión que siente por esa obra pero —y como si alguien le susurrara al oído dijo —Me gustan los estilos modernos, corrientes y sinceros como Boccacio...que sirvió a la contrareforma para corregir los abusos de la iglesia.

—Yoprefiero a Víctor María Hugo y su aspecto corriente. Víctor Hugo es el estremecimiento de la filosofía y el humanismo, la literatura política y

social .nunca antes se compenetraron tanto. Es un vivo legado. Sus obras están en el teatro francés.

—Ahí Francia, por allá todo es bueno, todo es la realeza, y la realeza es absoluta. Nada es más ilustre por aquella región. La realeza la adoran tanto los propios como la añoran los impropios. Los desdichados aman la realeza como los dichosos la disfrutan. Aquello que se conoce como realeza en Francia y la Aristocracia en Inglaterra, es lo mismo que nosotros llamamos oligarquía.

Ante aquello el anfitrión tornó a observarlo un buen rato.

—Me apasionan estos valles llenos de historia. Aquí murió Boves, Ricaurte, Campo Elías, aquí se hizo grande José Félix Ribas, por aquí nació el libertador, en estos valles de Aragua.

Valles calurosos que entraban en la tarde. De las colinas se dejan venir soplos inmensos de brisas que anuncian el verano. Los araguaney se visten de amarillo. La lejanía proyecta coposos árboles rojos como el fuego. Canta el carrao que pasa en la laguna, la nutria quiere bañarse en sus aguas y muchas garzas de colores levantan vuelo a lo lejos. El gabán y el garzón permanecen fijos en la orilla. El agua esta quieta y haces espejos, pronto saldrá el venado, la lapa, la noche les

pertenece, les pertenece la luna, el que ha vivido aquellas lejanías lo sabe. Allí vive el gavián, el león, el búho, el tigre. Aquello es el mundo, aquello no está lejos, es lo contrario, está cerca, esa es la armonía, y la armonía es lo que quiso Dios.

—Bueno don Celestino, estoy aquí para comprarle su hacienda.

—Mi buen amigo—interrumpió amablemente Celestino —mis tierras no están en venta.

Piero ante la negativa y conociendo el embeleso que causa el brillo del oro sobre los ojos de quien lo codicia, tomó un mediano baúl lo colocó sobre el escritorio, lo abrió y continuó.

—Son doblones de oro y representan una fortuna, pero como usted mantiene que no quiere venderme su hacienda, le ofrezco aún más.

Y procedió Piero a sacar de su bolsillo un vale autorizado y firmado por el presidente Carabaño.

—Usted podrá cobrarlo en la tesorería en Caracas sin mayor contrariedad —le aclaró

—Un vale firmado en un simple papel —le interrogó admirado.

—Efectivamente, el presidente Carabaño, lo firmó para comprar esta hacienda —Le respondió. Pero aquello también era mentira, pues ese era el vale que se autorizó para remodelar a Caracas,

Celestino le habló de su responsabilidad con aquellas tierras.

—Las heredé de mi padre que a su vez las obtuvo de un conde Francés, jamás podría vendérsela señor Piero. Ni por todo el oro del mundo podría vender la pasión y la responsabilidad de hacer ron en este país.

Piero no recordaba en toda su vida algo que allá querido y no pudiera comprarlo, y fue de tan mal el gusto la experiencia que se marchó de la hacienda para hospedarse en otro lugar. Ya en su reposo, junto a una botella de brandy escuchó en tono poético, rítmico y hasta sarcástico <<El olor de la caña en el amanecer es un bálsamo. Esta es la tierra que todo lo da, la tierra mil veces maltratada y vuelta a renacer>>

—¡Compadre! —dijo, y volteó para mirarle —veo que está muy inspirado hoy.

—No, escuchaba a una musa que inspirará a un escritor sobre estos valles, que sorprendieron a Humboldt.

—¡Bah! espere un momento —interrumpió bruscamente Piero. —Lo de la musa, bastante literatura consumida, por el supuesto de ser fuente de inspiración, Lo del escritor y estos valles pudiese comprenderlo, pero escribir sobre Humboldt, ese

patiquín que se creía científico y lo único que tenía era un mugroso cuaderno.

—Piero, Piero, Piero, a pesar de ser un hombre inteligente —hizo una breve pausa para sonreír, sorber un poco de brandy y continuar —Si, las musas. ¡Ah! ustedes los mortales no comprenden el orden espiritual, se rigen por las horas, días y años, nosotros no. Hay infinidad de cosas que no llegarás a ver pero ciertamente ocurrirán. No te preocupes por el poema que todavía faltan algunas décadas para eso, en cuanto a Humboldt, con su mugroso cuaderno como lo llamas, miles sabrán de él por su obra.

Aquel ser dio un argumento que sin ser explícito le dejaba a Piero un sabor a ofensa que ameritaba ser rebatido.

—Compadre, ya que usted insinúa que de mí no recordaran ni el nombre, le recuerdo que existe un libro traído de Europa en el que se dice que a usted no le queda mucho tiempo según su autor, y que además...

Con un temple regio, serio y una mirada penetrante, aquel ser interrumpió a Piero.

—¡Y que además estás perdiendo la cordura y el sentido de quien soy!

—Un vulgar sirviente —respondió Piero.

El hombre de gabardina soltó la copa de brandy, comenzó a transformar su cuerpo y a despedir un pestilente olor, una nube de azufre amenazaba con llenar el lugar.

—Mejor hablamos cuando no esté tan irritable, déjeme solo.

En el preciso instante desapareció dejando putrefacto el lugar.

—Toda esa cháchara —pensó Piero —para restregarme en la cara que no pude comprar la hacienda, pero la voy a conseguir como sea —se acicalo y salió a tomar aire.

El segundo jueves de diciembre en Caracas, en la casa presidencial, se despidió el último aliento del presidente Carabaño, en los brazos de su esposa y en la presencia del Monseñor Carrizal, quien llevaba días esperando el funesto momento. No tardó en hacerse pública la noticia, la muchedumbre se escandalizó, el gremio universitario, la iglesia y otras instituciones interesadas, se presentaron ante la casa presidencial.

En el congreso se suscitó una emergente reunión, se establecieron 24 horas de plazo para esperar el retorno de la expedición, de lo contrario el segundo presidente del congreso, López asumiría la presidencia provisionalmente.

Era el principio de la violación del Programa Federal de manifiesto, argumento esgrimido por Ovando y otros Diputados. La iglesia como institución, concertó con peso los razonamientos propuestos por López y de igual manera algunos generales de la armada dirigidos por el jefe de la escuela militar, el general Luis Barrios, quien se enfrentó de palabras con el ministro de guerra Jorge Correira.

—Le recuerdo que usted está sujeto a mi categoría de ministro.

Pero éste no le acató orden alguna.

A primeras horas de la mañana se llevó a cabo el sepelio y posteriormente la misa por su descanso eterno.

—Te pedimos señor, por el alma de este hermano que se nos ha ido, para que por intercesión de nuestra santísima madre, la virgen María consiga su trato justo. Podrías hacer caer sobre él todo el rigor de tu justicia porque fue consumido del pecado y en algunos momentos de su vida desobedeció tus mandamientos, pero haz honor a tu premisa y trátale conforme a tu enorme misericordia —así continuaba la misa.

En las propiedades de Jacinto Mudarra, el ministro Correira y los generales Domingo Castro, Torres Ruiz y otros militares se reunieron.

—El general Luis Barrios desconoció mi autoridad. Y ahora pretende apoyar a López. Estamos ante un cobarde desconocimiento —fatalizó Correira.

—Tenemos que reunirnos con los diputados que nos apoyan, para mantener a este gobierno en el poder, y que no caiga en manos de los liberales, hasta que regrese el primer presidente del congreso —sugirió Mudarra.

Por otra parte allá en la hacienda de Alfonso López, durante una reunión, un fuerte golpe se asestó a la mesa.

—¡No permitiremos que Piero dirija la nación! sesionemos una habilitante para destituirlo y yo quede a mando de la República como ha venido sucediendo en los últimos sesenta días. Declaró exaltado el segundo presidente del congreso. Pero el general Julio Arias expuso su descontento.

—¡Eso, no puede usted hacerlo señor López!

La arrogancia continuaba desatada en las palabras de López.

—El ejecutivo ha muerto, la mayoría del legislativo está conmigo, el poder judicial siempre estará sometido al gobierno de turno, conservador,

liberal, o como lo llame la época —y con eso se justificó.

—Piero es un dictador, la Patria se convertiría en un verdadero caos, si él llevara las riendas — replicó el Diputado Cruz Carrillo.

El general Arias era el único partidario de Piero que participaba en tan encubierta reunión. Totalmente tenso se puso de pie, vio a su derecha a los generales Barrios y Mora Mora para dar por entendido que un golpe de Estado podría estarse fermentando.

Acomodo su sombrero, estiró su traje y dio vuelta para salir del lugar. Fue José Rafael García quien desenfundó su arma para propinarle un disparo por la espalda, cayendo muerto a los pies del Obispo de Caracas y de Monseñor Carrizal.

—¡Generales! —se puso López al tanto de la hora y culminó —Se terminó el plazo que tenía la expedición en regresar, por órdenes del segundo presidente del congreso patriota de Venezuela. Quedaremos al mando de la República y aquel que se oponga a las decisiones de este congreso será sometido con el programa federal de manifiesto.

López y el General Luis Barrios encabezaron el pelotón de soldados de la división de Caracas que cruzaron los campos y las haciendas de Vicente Obando y Sixto Piar para asesinarlos.

Cruelles enfrentamientos se suscitaron en los caminos y en las afueras de Caracas, la Hacienda *Palacios* fue tomada, dos cuarteles y hasta la gobernación. El General Torres Ruiz fue el primero en caer ante las tropas subversivas de Mora Mora, quien comandaba la cuarta compañía de línea número 2º de los Valles del Tuy. El ministro Correira no pudo detener su derrota, y su muerte contribuyó a la toma de un tercer cuartel en las siguientes horas. A Jacinto Mudarra no pudieron someterlo, el general Mora Mora consideró usar sus tropas para apoyar a López y a Barrios en el asalto de *El Toro*. Rojas Padilla, Marcos Contreras, y otros hombres más, abandonaron Caracas en las primeras horas de la noche, cuando la noticia del cuartelazo se conoció.

Luisa Correira nunca hubiese huido, retrocedió hacia el puerto con una cantidad de peones y soldados, para encontrarse con el general Domingo Castro y ponerlo al tanto de lo último que aconteció en Caracas.

—Fusilaron al procurador, Ángelo Santos. También supe que algunos diputados tomaron la hacienda *Palacios* y el cuartel que regía mi padre, quien también cayó muerto. Lo decapitaron, y Barrios se llevó su cabeza como símbolo de que ya derrocaron al gobierno.

Domingo Castro no lograba controlar el asombro.

—¿Pero cómo? —Preguntaba —El general Barrios tiene a toda la escuela militar y la división de Caracas, Mora Mora tiene dos cuarteles enteros, toda la cuarta compañía del Tuy. Pronto se les unirán más traidores en las provincias, hay tres mil hombres en el parque de la Victoria.

Cuantas cosas sucedieron. López irrumpió en los cañaverales de Carmela arrastrando todo a su paso, un cruento escenario de batalla, una verdadera contienda contra los peones de *El Toro*, que ya no pudieron resistir más. José Antonio y Casimiro junto a una veintena de peones se retiraron marcando la huida hacia la hacienda Mudarra. Pancho, Carmen y Rosa Montoya se ocultaron en un sótano. Joaquín se acercó con dos peones hasta la sala y anunció a Juan José la derrota. Carmela murió de un disparo tratando de evitar la entrada de López a la sala.

—¿Tu eres el hijo del maldito Piero? —pregunto López, hinchado de coraje.

—¡Yo soy en hijo de Pie...! —intentó replicar cuando en el acto fue atravesado por una espada que le corto el aliento.

—Yo soy Alfonso López, el enemigo de tu padre.

Se impuso como desquiciado con mucho brillo en los ojos.

El mismo dolor que sintió Juan José lo sintió Graciela en sus entrañas.

Cualquier barbaridad obscena le gritó la damisela antes de brincarle encima a López.

—¿Y esta mujercita es la hija de? general Mora, sáqueme a todo el mundo de aquí —ordenó y luego violó a Graciela.

La luz del sol alumbró a una Caracas ensangrentada, hubo enfrentamientos hasta las primeras horas del día. No fue difícil para el jefe de la escuela militar tomar el mando en Caracas. Algunos hacendados continuaron alimentando una oposición armada, eso llevó a López a ordenar barbaries contra del pueblo. El general Domingo Castro gritó ante sus tropas en el puerto.

—¡Moriremos antes que rendirnos a las tropas de López!

El Toro fue tomado y usado como fuerte. Muchas personalidades entraban y salían, incontables mensajeros que irían para las provincias a anunciarse con los amigos del nuevo gobierno.

Se nombraron nuevos diputados, Morillo sería el primer presidente del congreso y Cruz Carrillo el segundo. El coronel Bustillos Bustillos

como nuevo general y jefe de la escuela militar. Barrios como ministro de guerra. El general Mora Mora encomendado para unificar el ejército a este nuevo gobierno. Por su parte Julio Narváez rechazó la procuraduría y prefirió seguir siendo gobernador de Caracas. Benjamín Morrillo hijo, tampoco quiso participación alguna. El Obispo Zaedra entregó una carta al nuevo presidente de la República, con los nombres de hombres no gratos ni convenientes para el nuevo gobierno. El nuevo congreso propuso encarcelarlos, pero el obispo y monseñor Carrizal sugirieron la muerte mediante decreto presidencial.

—Serían como las espinas en los sembradíos de algodón —dijo el obispo, quien hizo su primera petición al presidente.

—Señor López, se dice que usted legislará desde la hacienda *El Toro*

—Así mismo se hará —interrumpió emocionado —desde hoy esta será la casa presidencial.

—La santa iglesia católica —continuo el obispo —le agradecerían las tierras de la hacienda *Mudarra* para edificar nuestro arzobispado, así como se había planeado antes que el hereje de Piero se las regalara a Jacinto Mudarra para que éste se hiciera rico sembrando café.

La iglesia podía comenzar a contar con aquella petición, pero no en este momento. Pues el nuevo gobierno tenía asuntos más importantes que tratar.

—¡No podemos pensar que Piero, quien lleva consigo y bajo su mando a todo un pelotón, se rindiera a una nueva junta de gobierno tan fácilmente! —objetó el nuevo ministro del exterior, el Doctor Román Morales.

—Si bien es cierto que el mensajero no llegó a la expedición, también es cierto que la noticia de la nueva y digna junta de gobierno llegará a ellos de una manera u otra, más pronto de lo que cualquiera de nosotros imaginaríamos —agregaron los representantes de la iglesia.

—Sabemos que en los próximos días se enterará, y reunirá un ejército para recobrar el poder. Yo sugiero tomar medidas ligeras y convenientes para el país, cancelar la deuda con Inglaterra entregándoles las islas de oriente y conseguir financiamiento con Norteamérica vendiendo la región del lago de occidente. Es un sacrificio que toda Venezuela estará dispuesta a aceptar —fue una sugerencia material del señor Cruz Carrillo, que hizo murmurar a todos y se estudiará en el margen de lo inmediato en las inmediaciones de *El toro*.

Fue una noche de intensos calores allá en las provincias

—Patrón, patrón! —le llamaba Rosa Montoya, Piero abrió sus ojos, puso los pies descalzos en el concreto y vestido sólo en calzones vio la silueta flotar entre la oscuridad, <<este es el límite que separa lo indefinido de lo invisible>> no tardó en prender su lámpara para darse cuenta que la medianoche había pasado.

—¡Carajo! ¿Qué vaina es ésta? —preguntó asombrado abriendo los ojos en su máxima expresión.

—¡Patrón! —volvieron a pronunciar.

—¿Pero qué es lo que pasa? —gritó sin saber quién era.

—El presidente Carabaño ha muerto, López y sus enemigos tomaron el poder, mataron a su hijo Juan José y a los que se opusieron.

La luz golpeó al rostro de Piero, dejando ver un gesto siniestro. La ira fue más grande que el dolor y se atascaron juntas en su garganta por un segundo, cuando se sintió el enorme alarido o grito que se expandió entre los muros y salió a la sabana oscura. Más allá se escuchó un ave de rapiña que aleteó <<las aves de rapiña siempre huyen, tal vez no gustan compartir sus desgracias con

nadie>> Arriba, media luna, algunas nubes negras le pasaban delante. Allá y acá en el cielo, muchas estrellas, como carbones encendidos, espectáculo magnífico, aquella escena se precipitaba con furia al desenlace.

El dialogo con Rosa Montoya y Piero fue extenso.

—Todos están aquí en *El Toro* las tropas se están emborrachando con el miche y hasta sus vinos y brandys se están sirviendo para celebrar que ellos son los que mandan ahora. Carmela también está muerta.

Piero en silencio, pensaba, daba la impresión que se sacudía como un perro que calló al agua y salía de súbito <<El destino le brindaba un hecho violento y sombrío>>. Ya anuncié que la noche esta revelada. Después de un largo análisis, levantó la cabeza e inquirió.

—Para cuando amanezca, ya llevaré dos horas de camino, cuando caiga la noche pincharas los barriles de miche y vino con veneno. Cuando llegué el tercer día yo estaré en Caracas, la envidia del cobarde no le permitirá jamás alcanzar probar la victoria y menos el poder —dijo. Para luego terminar su hablar con el ubicuo espíritu de Rosa Montoya.

Al poco rato se alistó la tropa de cooperación a la expedición, más el general Francisco Moran reforzó con dos guarniciones, y el parque de la Victoria con sus tres mil hombres, fieles al orden.

El que se proclamó nuevo gobierno comenzó a estudiar el regreso de Piero.

—Estoy completamente seguro que en menos de cinco días la expedición aún no conocería la noticia, en siete días los estaremos esperando. Tenemos conocimiento que Piero cuenta con el apoyo de un grueso de leales, pero nosotros también contamos con adeptos en las provincias centrales que se unirán a esta nueva guerra. ¡Piero de Loiza no podrá entrar en Caracas! El encomendado diplomático de Inglaterra ya partió con nuestra propuesta y seguro estamos que Norteamérica también nos apoyara ¡señores la guerra ha comenzado!

<<existe algo enigmático en cada guerra>> la proclama consiguió el aplauso de los presentes. En la hacienda de los Morillos, en la privacidad de la familia se discutía la nueva política de la República.

—No hay cordura ni juicio en lo que espera Alfonso López —intervino el joven Morillo.

—Hay que hablar en esta nueva junta y

restringirlo. Además el pueblo nunca aceptará repartir el territorio, esa no puede ser la salida —le recriminaba a su padre.

—No podemos hacer eso, cuando hayamos fortalecido la producción nuestra economía crecerá a la altura de las naciones Europeas —argumento el viejo Morillo.

—Lo siento padre, pero este cuartelazo es una locura, que los ha llevado a subestimar a Piero. Pero el viejo Morillo no aceptaría un reproche más y por último le exigió respeto y distancia si era el caso en que no estuviera de acuerdo.

—¡No fue un cuartelazo, ni una insurrección! fue un hecho circunstancial que hizo gritar a la Patria exigiéndoles a sus hombres que la dirigieran por el camino del desarrollo de sus pueblos. Fue tal el arrebató que prácticamente lo ofendió y lo echó.

—Me da la impresión que desperdicié mi dinero educándote, porque fuiste a la academia de economía, pero no aprendiste política. Acomoda tus maletas y alístate en el primer navío que te lleve lejos de aquí, y no regreses hasta que seas un hombre capaz de no buscarme problemas en mi nueva posición como primer presidente del Congreso.

En la noche, allá en las bodegas de los cañaverales anduvo trasteando Rosa Montoya. En los hombros de los soldados salieron los barriles de miche, vino, brandy que embriagaban a las tropas y a los líderes que permanecieron en *El Toro*. Posteriormente al día siguiente, no se escucharon en Caracas las paraulatas ni los ruiseñores, ni cantó alguno de ave, como si supieran lo que estaba ocurriendo. Ni siquiera hubo combate, ni el mismo López tuvo voluntad para empuñar un arma. No estaba borracho y eso lo sabía Piero. Entró tan tranquilo a Caracas, traía el aspecto de los generales de la guerra. En cierto momento formaba un singular contraste, <<el encuentro de la sed y el oasis, descarga emotiva y traumatizante>> en medio de un silencio absoluto <<un cielo sobre ella y una tierra bajo su caballo>> Fueron pocos los enemigos que perduraron de pie.

—El mismo diablo lo protege —comentaban algunos que lo vieron entrar.

La podredumbre, el olor a pólvora, a cenizas, el acre y penetrante aroma de la muerte. Desde los días de la guerra federal no se había visto un cuadro igual. No se puede decir que Piero no amara a su pueblo; a su manera, pero lo amaba, el dolor de las personas <<miraba como

el zorro mira los restos que deja el jaguar>> Más allá las veredas a los cafetales, acá los ladrillos de la plaza, el camino al puerto, la catedral y su hermosa arquitectura. Aquel rostro iracundo que reflejaba, se leía duelo en sus ojos, acompañados de los lentos y penosos cascos de los caballos. Se detuvo frente a la inconclusa obra del capitolio Nacional entró por la calle del congreso, a la derecha del teatro.

Mudarra fue puesto bajo arresto la noche anterior, y por sugerencia del gobernador permanecía en la gobernación bajo su responsabilidad, donde pasó toda la noche en vela junto a Narváez.

Benjamín Morillo, se presentó en el lugar poco antes que la claridad del día, y fue ahí que conoció de la llegada de Piero. En la academia de medicina y derecho también se conoció.

Para cuando Piero llegó a *El Toro* consiguió sus puertas abiertas de par en par, vigiladas por cadáveres. Allí estaba Graciela sumida en llantos, Rosa Montoya, y su marido. Lo único que se escuchaba era el ladrido de aquel perro que pancho llamaba *tau*.

—Gracias Rosa —dijo Piero sin levantar los ojos.

Ahora para tener una idea exacta de lo que ocurrió es necesario decir que se actuó feroz como el chacal.

Se fusilaron en la plaza a hombres como el general Mora Mora, al coronel Bustillos Bustillos, a Sáez, y al viejo Morillo. Se hicieron honores al general Jorge Correira, al general Arias, a Torre Ruiz, a Obando, a Ángel Santos y hasta a la primera dama, quien murió en el incendio que provocaron en la casa presidencial. A Benjamín y al gobernador Narváez se les arrestó para ser enjuiciados justamente debido a la intervención que Mudarra presentó ante Piero. Aunque Piero mandó a sus anchas en esos días, hubo quien velara por el programa federal de manifiesto y la carta magna, que no permitían agredir a los representantes de la iglesia por su investidura religiosa.

Pero José Antonio y Casimiro que habían regresado a *El Toro* salieron con una orden que cumplir bajo lo soñoliento de la noche. A Monseñor Carrizal, se le encontró al día siguiente maniatado y golpeado, víctima de una mortal paliza. Al Obispo Zaedra, se le encontró entre los charcos de los jardines del colegio *Las María*, sin manos ni lengua y un ojo menos. Con evidentes signos de haber sido enlazado por el cuello y arrastrado por largos

caminos durante la noche anterior y la tormenta que la azotó. La última que lo vio con vida fue una religiosa que lo despidió en la puerta de la catedral mucho antes que comenzara a llover, cuando se dispuso a marcharse a sus aposentos en el viejo y ahora irremediable edificio del seminario.

Hasta el Capellán, asistente de monseñor, se enfrentó de cara con la muerte cuando José Antonio y Casimiro lo embistieron en su propia habitación sin hacer mayor ruido que el de la tormenta para apuñalarlo repetidas veces.

Entonces los días continuaron sucediendo, con situaciones impredecibles a diario. Una noche Piero de Loiza desafió a Marbas. Llevaba rato maldiciendo y devastando todo a los lados contra las paredes y el piso. Había gritado cien veces quizás a la presencia de su compadre por una explicación.

—¡¡¡Tú me recomendaste a ese maldito traidor de Luis Barrios!!! ¡¡¡Tú me insististe que me ausentará de Caracas!!! ¡¡¡Tú hijo è puta!!! hablaste conmigo allá en la provincia y no me dijiste nada de toda esta mierda que pasaba aquí. Pudieron haber partido a Venezuela en pedazos para repartírsela, hubieran arruinado al país y a su futuro y tú no hiciste nada, eres tan traidor como ellos. Y más iracundo

e incontrolable, le calificó y le recalcó —aborto del infierno, lacayo de Satanás, y bueno para nada.

Rosa, que estuvo cerca de la puerta, pudo escuchar todo hasta el punto que se erizó de pies a cabeza, ante aquellos gritos que chocaban en todas las paredes.

—¡Vete de mi casa miserable infeliz!
¡Lárgate, no quiero verte nunca más!

Ahora exijo entenderme con el mismísimo diablo.

El ministro del infierno sólo lo observaba con aquellos ojos relampagueantes, y fue cuando juró matar a Benjamín Morillo y a otros más que nombró, que Marbas entró a discutirle, pero con una voz diferente, como nunca; gruesa, pesada, con dimensiones enormes.

Una lámpara que pendía del techo comenzó a golpearse sola hasta apagar las velas y tirarlas. Un mueble de pino se vino con todo su peso desde el rincón donde estaba, y se estrelló entre la distancia que ambos se guardaban.

—¡¡¡ No podrás matar a Benjamín Morillo!!!
Asesina a quien quieras, pero a él no podrás, su destino está marcado, así como el de este país. Lo que pasó estaba escrito, tu participación en la política llega ya a sus últimos días.

—¿Y quién carajo escribe la historia de los pueblos y de los hombres? —Piero no se intimidaba.

—Hemos tenido que dejar que Dios la escriba —le interrumpió con una carcajada lujuriosa que proyectaba todos sus dientes <<aquello era, la risa de la hiena>> para luego proferir.

—Eso no te lo crees ni tú mismo, vete de mi casa y no vuelvas a venir ¡lárgate! —y cuando se agachó para sujetar un florero y lanzárselo, el Ministro Marbas marchó haciendo estallar los espejos de los muros.

Cuando aún latía la madrugada y reinaba la oscuridad perfecta, comenzó a llover con vientos feroces y crueles relámpagos. Fue entonces cuando cayó vencido por el cansancio en un profundo sueño, viéndose éste parado en medio de un cruce de triángulos. Tengo que referir que para ese entonces Piero de Loiza era un hombre joven. Llamó a todo pecho, gritaba el nombre del príncipe de las tinieblas y todas las potestades del mal.

—Emperador Lucífugo, dueño y señor de todos los espíritus rebeldes, te ruego me seas favorable en la apelación que hago a tu gran Ministro Lucífugo, pues deseo hacer pacto con él. Yo te ruego a ti príncipe Belcebú, que me protejas

en mi empresa ¡OH Conde Astaroth! sedme propicio y haz que esta noche el gran Lucífugo se me aparezca en forma humana sin ningún pestífero olor, y que me conceda por medio del pacto que te presento todas las riquezas y dones que necesito —y haciendo una breve pausa Piero continuo.

—¡Oh, Gran Lucífugo! Yo te ruego dejes tu morada donde quiera te encuentres para venir a hablarme. De lo contrario yo te obligaré por la fuerza del grande y poderoso Alpha y Omega, y de los Ángeles de luz, Adonai, Elohim y Jehovam, a que obedezcas. Obedéceme prontamente o vas a ser eternamente atormentado por la fuerza de las poderosas palabras de la clavícula de Salomón, de la que se servía para obligar a los espíritus rebeldes a recibir sus pactos. Así pues aparécete en seguida o voy continuamente a atormentarte por el poder de estas magnificas palabras de la clavícula —y comenzó Piero a nombrar que deberían obligar al espíritu a aparecer

—Agion, Telegran, Vaicheo, Stimulation, Ezpares, Retragramaton, Oyran, Irion, Emmanel, Cabaot, Adonay, te adoro y te invoco.

En el preciso instante que Piero terminó de pronunciar esas palabras se apareció ante él aquel espíritu con tonada disciplina y dijo.

—Heme aquí mísero mortal ¿para qué me llamas? ¿Por qué molestas mi reposo?

Respóndeme. Yo soy Lucifugo a quien tú has invocado.

Por un fugas instante Piero recordó lo que era, un pobre ser sin fortuna, atormentado por las crueldades de la vida y aún incrédulo por lo que veía. Sólo pensaba en riqueza y poder, olvidando lo que un viejo peregrino europeo le dijo antes de entregarle la fórmula de invocar a los espíritus infernales —Piero solamente utilízalo para pedir sabiduría —y continuo su acometido.

—Yo te llamo para hacer pacto contigo a fin de que me concedas todo aquello que deseo, si no, te atormentaré con las poderosas palabras de la gran clavícula de Salomón.

—Entonces no puedo acceder a tu demanda —contestó el espíritu con el mismo aplomo —Sino con la condición de que te entregues a mí por espacio de veinte años, para hacer con tu cuerpo y alma lo que me plazca.

Piero arrojó un pergamino hacia donde estaba aquel ser de las tinieblas y dijo.

—YoprometoalgranLucifugorecompensarle, durante veinte años de todos los tesoros que me conceda, en fe de lo cual he firmado.

—No puedo acceder a tu demanda —
contestó con voz estremecedora y en acto
seguido desapareció.

Piero en un acto de desesperación por
forzar al espíritu a obedecerlo volvió a pronunciar
las palabras de la clavícula.

—Agion, Telegran, Vaicheo —aquel
espíritu al sentirse obligado por las poderosas
palabras volvió a aparecer ante él para proferir.

—¿Por qué me sigues atormentando? si
me dejas en paz yo te daré el tesoro más
inmediato y te concederé lo que desees, con la
condición que me consagres lo que me plazca.
Recoge tu pacto ya he firmado, si no cumples tu
palabra serás tomado en propiedad.

—Accedo a tu demanda —contestó Piero
—con la condición de que hagas aparecer
ante mí el tesoro más próximo para que pueda
llevármelo inmediatamente.

—Sígueme y toma el tesoro que voy a
mostrarle.

Y un alumbrado camino se abrió ante sus
ojos

—Escucha lo que te digo, camina sin
mirar a los lados, hasta llegar al tesoro, cuando
estés allí abre tus manos y recoge todo cuanto

puedas, regresa en la misma posición sin mirar atrás.

Pero abominables criaturas lo atormentaban tratando de que su alma quedara allí. Regresó al lugar entre los triángulos abriendo sus manos dejando caer el tesoro tan anhelado, cuando la voz se oyó de nuevo.

—Piero de Loiza, llegará el día en que haré contigo lo que me plazca —recalcó tajante.

Piero pensó que había despertado, pero escucho otra vez aquella disciplinada voz en un tono más alto.

—¡Ahora te pido sangre de tu sangre!

Así terminó aquella pesadilla que le recordaba todo como si hubiese sucedido una noche antes, para despertarse de un brinco hasta casi caer.

Para tener una idea más exacta de lo que ocurría. Piero recordaba a través de una pesadilla los momentos cuando estrechó el pacto con el diablo. <<Así se comportan a veces los recuerdos>> Se levantó de la hamaca y triste caminó por los pasillos de *El Toro*. Era una noche de frío invierno, el firmamento se veía negrísimo cubierto de enormes nubarrones, que por instantes parecían desgarradas por la rojiza luz de los relámpagos.

Silbaba espeluznante el viento entre los árboles de la sabana mientras la lluvia azotaba las viejas tejas. Piero no tenía miedo, transcurría la hora más templada de la madrugada y todos los peones se hallaban dormidos, los relámpagos cruzaban por su cabeza, la brisa se estrellaba furiosamente contra su cuerpo y parado firmemente enhestó.

—Aquí estaré para arreglar cuentas contigo. Fue José Antonio quien le haya visto por primera vez lágrimas en sus ojos, pero no podía asegurar si eran de dolor o de furia. Cuando se acercó para darle razón de lo que había hecho de su petición, esto fue lo que dijo.

—¿Estas llorando papa?

Piero volteó lentamente y lo sujetó por el hombro <<quien allá mirado un rostro descomponerse, transformado e hinchado, la boca se abre y no puede gritar, las comisuras de los labios se proyectan reseca y las manos se encrespan abiertas y tiesas como las manos de los muertos >> y le protestó más cerca al rostro.

—¿Quién? Maldita sea el que te dijo que yo era tu padre. Eres hijo de una mugrosa negra que durmió en mi cama, nada más, métetelo en la cabeza, no llevas mi sangre, negro mal nacido. Luego le hablo entre dientes.

—No vuelvas a llamarme papá porque te puede escuchar el diablo.

En ese momento se estremecieron los cielos con una centella, que alumbró los campos hasta el infinito. José Antonio se soltó de la fuerza que le apretaba, huérfano, ofendido, renegado por su padre <<ya hemos entendido que José Antonio es el hijo de Dignidad, la negra que Piero asesinó para que cuidara su entierro de doblones de oro. Ella le pidió que le diera un lugar digno en la hacienda>> La realidad de la vida se para a veces como una enigmática novela, todo se vuelve inimaginable, es como un convento que pretende el bien en la mitad de un corazón, y en la otra mitad viven los demonios todos.

Entonces salió José Antonio, saltó a su caballo para perderse bajo la lluvia en el horizonte oscuro.

Semanas más tarde en las inmediaciones del Congreso, el primer presiente ofreció un largo discurso a una concurrida audiencia.

—La sociedad venezolana ha alcanzado notorios progresos en sus instituciones, la universidad, la armada, las academias de medicina y derecho, todo un mar de intelectuales. Los logros de los últimos años no permitieron que el

tirano encabezado e inducido por ideas y políticas encadenadas al pasado, mal llamado Federalismo, que una vez pretendió el poder, trataron dividir y repartirse el suelo y las riquezas patrias. Venezuela seguirá ahora su rumbo, sin segarnos de la realidad del congreso y los tratados internacionales que verdaderamente nos conviene, aquel mismo rumbo que los ilustres expresidentes, los señores Raúl Carabaño, su hermano Alberto y su hijo Miguel Carabaño un día encaminaron. Hoy un nuevo grupo de parlamentarios asumirá cargos en el congreso para elegir al nuevo presidente de la República. Él nombrará su junta, y recuperará la estabilidad financiera para cumplir con las exigencias y los acuerdos con Europa.

Graciela nunca volvió a ser la misma luego que la ultrajaron, y no fue hasta semanas después de saberse encinta que Piero conoció la noticia. López había muerto envenenado y Piero no podía hacer nada para descargar su furia. Desmesurado, se empinaba en la botella de brandy torturándose, podía asegurar que observaba a aquel descendiente de catalanes ahogarse en la botella que lo ahogaba a él. Luego vomitó, arrojando la hiel que le amargaba la garganta, eso, aunque la pena de los huesos no desaparecerá.

Las lluvias se calmaron con los días, pero en el mes de marzo y hasta los primeros días de abril un mar desde los cielos no dejaba de descender allá en las costas.

Los últimos acontecimientos políticos no fueron para Piero problema del todo, ahora hacia a su antojo frente a un congreso sin voz propia, donde cualquier sugerencia se tomaba como orden en la máxima instancia.

Eso lo beneficiaba, cada vez más alcanzando con ello posiciones considerables en la banca de Caracas y en los más fuertes bancos comerciales del país.

Se creó dinero del aire, a través de bonos sin soporte metálico, tesis copiada del modelo norteamericano <<aplicado para salir con victoria de su guerra secesioncita>>. Esta propuesta sugerida por Marbas, fue oportuna, Italia e Inglaterra terminaron comprando los bonos y el error financiero ocasionó monopolios en las economías foráneas postergando los derechos de cobros de las deudas por los empréstitos. De esa manera el país conservó sus recursos en oro para ordenar un cono monetario respaldado con el patrón oro.

En aquellos días se expropiaron bienes y capitales que fueron desviados a la casa bancaria

de Rojas Padilla, Benjamín Morillo consiguió la libertad bajo indulto, al igual que el joven Julio Narváez.

Por su parte, José Antonio y Casimiro habían recibido otra orden, y entre las calles pobladas de sombras, entre los miles de sauces que custodiaban los caminos, se ocultaron para emboscar a Benjamín Morillo; lo divisaron, se acercaba y le salieron al encuentro, pero lo único que consiguieron fue la postura más aberrante que podían imaginar.

Piero guindaba de un mecate al cuello en mitad del camino. Impresión asombrosa y espeluznante. Todo hacia parecer que Piero renegó de sus días. Salieron del lugar sobre sus bestias en una sola carrera hacia los caminos de *El Toro*.

La primera semana de abril en curso, en Caracas el congreso recibió del ejecutivo las monedas acuñadas de oro que unificarían el sistema y acabarían con la situación caótica existente, heredada de la guerra federal.

Al mismo tiempo comenzaron a sentirse más fuertes las lluvias, las aguas en el puerto comenzaron a crecer y los pobladores a marcharse, fue en las primeras horas de la tarde cuando las olas alcanzaron los diez metros de altura, los daños

al puerto, a las embarcaciones y a las instalaciones de la aduana fueron incalculables.

Marcos Contreras no volvió a ver más sus navíos, toda su flota mercante fue tragada por el mar, algunos obreros de *Lange C.A.* sobrevivieron para contarlo más no fue mayor la suerte de la compañía. Aunque las lluvias ya habían traído ruinas por no permitir en varios días la llegada de comerciantes al puerto, esta catástrofe acabó con todo como nunca antes se tenía conocimiento.

Aquella rada con vista al lejano mar azul, se mostraba ahora lúgubre y solitaria, todos los caminos al puerto se tornaban infranqueables. Aquellas nubes se montaron como un manto gris, el aire tenía ahora un pesado sabor pestilente que se agarraba al rostro, allí el cielo se abrió a las tormentas eléctricas, los truenos y los relámpagos se lucieron en lo alto, toda la creación se paralizó, un hoyo negro era ahora el firmamento <<esto fue por así decirlo, la destrucción, el Apocalipsis>>.

Hace días que la dama rosada se encontraba en el cuartel San Rafael, en las cercanías al puerto esperando el momento oportuno para reunirse con su amado. Y una tarde de aquellos días tan lamentables, un capitán de la armada se presentó ante Piero y el ministro de guerra con una novedad.

—El cuartel San Carlos fue arrastrado por las aguas y el lodo —y se especificó un poco más, la mar esta bravía sobre todos aquellos campos y caseríos que desaparecieron a su paso.

La magia de los recuerdos se reveló en los pensamientos, y es que se derramó la condena y la magia se fue. Pasó de la vida a la muerte, porque la lluvia llegó como Cristo al calvario para llevarse su rosado, triste fervor que no estarás nunca jamás, como el amor candoroso que entre el sol y la luna se va.

Así cavilaba Piero, caminando por la orilla de las calles bajo incesantes gotas finas y distanciadas, con un sentimiento foráneo que se le amontonaba en los vagos recuerdos de Luisa Correira su dama rosada.

A los pocos días, Piero había estudiado nuevas leyes que presentar al congreso, “proclamar la separación entre la iglesia y el Estado, de esa manera establecer el matrimonio civil y el divorcio”; “el Estado deberá restringir los gastos para el sostenimiento del culto”; “el asilo y la exoneración de algún delito a miembros de la iglesia no será posible”; “se impondrán la elección popular para párrocos sin intervenciones de los obispos”; “la iglesia por entero será sometida al poder civil”.

La tragedia se agudizaba en Caracas, el colapso del puerto fracturaba los ingresos, la tesorería se encontraba sin recursos y sólo una solución se consideró “se tomaron medidas sobre empresas extranjeras, las misas que por influencias de sus gobiernos pretendían sacar ventajas de los problemas internos del país, aprovechando la crisis para presionar”.

Un día después que tuvieron lugar estos acontecimientos Piero de Loiza ocultó un baúl repleto de monedas de oro, nadie supo donde las enterró, pues los soldados que lo acompañaron no regresaron y esa fue la última vez que se les vio.

—El patrón salió anoche con un baúl y dos soldados y regreso solo —aquello le contó Rosa Montoya a su marido.

—¿Los mato? —preguntó asombrado pancho

—Lo único que sé es que regreso solo.

La catedral de Caracas y sus cuarenta y dos pies de altura, un motivo cualquiera para un hacedor de acuarelas. Sus muros altísimos, acompañados de ventanales, una puerta lo suficientemente grande para todos los feligreses, y aquella cruz que se pierde en la altura como hurgando al cielo.

Ya hemos dicho que Caracas era

inmensurable. Más allá, verdes colinas que se miden inquietas. En la calle inmediata nacen grandes casonas, en esa misma dirección se encuentra el panteón nacional y la plaza grande. Allí se llamó a un cabildo, los patriotas en tiempos de la independencia, enfrentando a los poderes napoleónicos que tenían simpatizantes en estas geografías, gritaron lealtad al rey Fernando. Hoy todavía se narran esas cosas.

Los historiadores persiguen los detalles de aquellos días y luego las cuentan, haciendo de la historia novelas que cambian y narran.

Marbas, en aquellos días cuando tenía los mejores momentos y relaciones con Piero, entonces amanecían conversando, y Piero se sorprendía con lo que le contaba, porque la historia se comporta como le ha dado el gusto a quien la ha relatado.

Después de la tragedia del puerto, Marcos Contreras no pudo detener la ruina de sus capitales, ya que Benjamín Morillo, fue afectado también por las expropiaciones que sufrió su padre y no pudo auxiliarle.

Marcos Contreras acudió a Piero para encontrar ayuda financiera y no ser aplastado por los bancos y esto fue lo que digo Piero.

—Lo sentimos mucho Contreras, pero la tragedia afectó a muchos capitales nacionales y extranjeros, figúrese usted que la construcción del ferrocarril Caracas el Puerto, que siempre se vio difícil, a pesar del esfuerzo contra las condiciones y el atraso económico iban encaminadas, pero la naturaleza lo destruyó todo, todo se convirtió en un imposible para el fuerte desarrollo de la industria nacional. Le doy mi palabra con Dios como testigo, que abogaré en las instancias bancarias de Rojas Padillas para conseguir consideraciones especiales en su caso, pero le ruego como amigo que no haga comentario alguno.

La ruina y el infortunio de un ser no los lleva otro, mas solo por cumplir se le saluda y en el preciso instante que Contreras se marchó comenzó Piero a redactar una carta para Rojas Padilla.

<< Sr. Agustín Rojas Padilla. Debido a la deuda de la familia Contreras con la entidad, sépase que no podrán pagar más sus intereses, debido a que perdieron su flota de navíos y los abandonados cafetales que les quedan ahora serán propiedad del banco sin condiciones de prorrogas, recúrrase hacer efectiva la hipoteca que pesa sobre dichas tierras >>

Atte: Piero de Loiza

Rojas Padilla, amigo de muchos años de Piero, el mismo que siempre le escuchaba sin opinar, pero un día quiso ir más allá.

—Amigo Piero, perdóname pero me mata la curiosidad —fue medida la pregunta, pero muy directa —tus monedas de oro, las que te prestó el gobierno ¿qué las hiciste, que no las trajiste al banco? tu banco, ¿dónde guardaste todo ese oro? —aquello último lo dijo con sumo cuidado no fuera a ser escuchado.

Piero lo observó con aquella mirada que bien sabe medir distancias.

—Nadie lo sabe y quien lo supo, no lo puede contar, a ti te prefiero vivo cuidándome mis centavos aquí, no te preocupes más por esa vaina, mejor pon tus esfuerzos en conseguir un administrador para *El Toro*. Después que mataron al capataz todo se volvió un desastre por allá, y espero que la próxima vez que hablemos sean cosas de las que tú te encuentres a la altura.

De pronto comprendió o quizás no, pero seguro estaba que no volvería jamás a preguntar por aquellas monedas.

—Claro querido amigo, claro, ve tranquilo —dijo Padilla.

—Tranquilo está el cielo porque no lo pueden cagar los zamuros —espetó Piero, tan irónico como

directo, más no encontró Rojas Padilla siquiera un perfil para tan pálido rostro.

Días después el cubano conoció la noticia de la muerte de Juan José y la tragedia del puerto, por más que preguntó no lograba encontrar a su amigo Ramón. Merodeó por los alrededores de la casa de Carmela, donde Carmen le negó siempre a su amor, sin embargo conoció del embarazo de Graciela quedando mudo y completamente asombrado.

En la gallera de Domini, Martín logró entablar una conversación con un joven del puerto.

—Yo soy pescador —dijo el muchacho —¿y tú?

—Yo soy apostador y poeta. —aquello lo dijo Martín con tal resolución.

Entonces el pescador comenzó a contar el día que se desató la tragedia.

—Veníamos con un carajo que repetía que nos fuéramos del puerto antes que el río se trajera la cima de la montaña. No paraba de llover. De pronto lo más arrecho, un río de barro se iba hacia el mar empujándolo a lo lejos, pero el mar lo regresó levantando un muro gigante, una ola oscura, negrísima, que nos aplastaría y nada podía escapar, cuando supe de mi venía en una carreta arrastrada por una mula.

—¿Cómo se llamaba él?

—¿No te dije? Ramón, y créeme que nunca un hombre pudo prevenir el peligro como él.

Martín se levantó, no cabía dudas, era Ramón.

—¿Y qué paso con él? —interrogó consternado.

—No lo sé, pero creo que quedó sepultado por el barro.

Las lágrimas no se hicieron esperar, le recorrieron el rostro. Lloró como un niño, recordando a Ramón y a Pedro mala suerte, quien una vez le dijo “llora tu dolor cubano, que más tristeza da el hombre que pudiendo llorar no lo hace”

Todo lo había batido la tormenta, ya nada era igual, la naturaleza había cambiado por completo su tez, y lloró toda la noche mirando flores en el cielo y el rostro de Graciela en un espejo de pared, el mismo rostro que gritaba allá en *El Toro* sintiendo dolores de parto.

Rosa Montoya y Carmen atendían el parto, sabían que no sería un alumbramiento fácil. Se amarraron unas hierbas rezadas a un crucifijo y las colocaron debajo de la cama para aliviar los dolores, más sin embargo el rostro de Graciela se partía de dolor, <<sentía el sobresalto del animal atrapado

y abierto en vida>> gritaba duro y con todas sus fuerzas apretaba a Carmen, de pronto un desmayo la fue durmiendo poco a poco, “apenas vio al niño” aseguró Rosa Montoya.

Había sangre derramada sobre la cama y el piso. Piero estuvo allí presente, lo observó todo. Mantuvo la postura y la calma de una inhumación. <<Ahí se comprueba que el dolor del alma no es el mismo que el dolor del cuerpo>> diríase que Piero estaba paradójicamente helado en las cavernas ardientes del infierno, su rostro inmóvil, apenas respiraba, salió entonces del lugar. Entre el nacimiento y la vida existen dos cosas exactamente iguales, la luz que anuncia el nacimiento y la vida y la oscuridad que deja la retirada del alma, la muerte.

Los llantos ahogaban a Rosa y Carmela, ambas tomadas por horribles temblores, el fuego de las lámparas iluminaba por intervalos. Piero juró no olvidar nunca aquellos instantes, del lapso del deceso al minuto de salir de aquella habitación los cabellos le pasaron de gris, a blanco.

El niño llevará el mismo nombre de su abuelo, eso lo decidió Rosa, y sobre esto ya he contado todo como ocurrió.

Martín conoció el sufrimiento de los últimos días de la muchacha, Carmen se lo contó <<esos

ojos de mar verde>> como los llamaba Graciela no pararon de llorar.

Piero había construido una personalidad de hielo, nadie le conocía sensibilidad alguna, nadie conocía de la magnitud de su rufián corazón. Benjamín Morillo lo calificó una vez como el homólogo del diablo, y fue sólo por sugerencia de Contreras y Mudarra que éste se acercó a *El Toro* esa noche en el transcurso del velorio. Hubo otras personalidades de la política allí, pero realmente pocas, pues nadie conocía que la difunta fuera hija del primer presidente del congreso.

Rosa se encargó de todo durante el velorio, de colocar los cirios en las esquinas del ataúd, de tejer el cabello de Graciela, de tapar los espejos y de voltear las sillas cuando el cuerpo fue sacado de la sala hacia su última morada.

Nadie que hubiera venido al velorio permanecía ya en *El Toro*. José Antonio apareció en medio de aquellas horas de nostalgia en que son difusas las lejanías que anuncian una noche vacía.

—José Antonio —le llamo Rosa con carácter —¿A quién buscas?

—A mi papa.

Eso fue lo que contestó el desafortunado muchacho. Rosa le miró a los ojos y él cedió a la penetrante mirada de la vieja, que se imponía.

—Vete ahora mismo de esta hacienda y de Caracas, porque las riquezas de ese al que llamas tu padre, son del diablo y se las está cobrando con la vida de sus hijos.

No tenía Rosa nada más que decir, esa era la única verdad y ella la conocía muy bien, sin que nadie, se la tuviera que contar.

Había trascurrido casi un año de la muerte de Alfonso López y los generales Barrios y Mora Mora, cuando en el corazón de aquella sociedad agrícola y pecuaria comenzó a surgir una fuerza feudal con un sistema único de producción e intercambios.

Comenzaba a nacer una nueva época donde se eligió a un nuevo presidente de la República, el régimen conservador, daba paso al partido liberal, y a la historia de aquel pueblo.

De la medicina, el doctor Manuel Hernández, llevado a la presidencia por mayoría de votos y en los primeros meses de sus funciones se descubrieron importantes actividades intelectuales, toda una generación de hombres de ciencias,

poetas, juristas, la influencia modernista europea, galante burguesía que nacía en la turbulenta ciudad de Caracas, donde se nombró de nuevo a Jacinto Zuruaga como gobernador.

Caracas tuvo entonces su reloj de más de dos mil libras esterlinas, reloj que esa mañana estuvo tocando las notas del himno nacional para la hermosa ciudad sucursal del cielo.

En el congreso se aprobaron los artículos contra la iglesia, libertad absoluta de prensa, inviolabilidad de la propiedad, y se nombró una comisión de finanzas y seguimiento técnico para analizar la enferma economía y los compromisos con las deudas extranjeras.

Piero no había oído hablar de Marcos Contreras desde que se apropió de sus cafetales y lo llevó a la ruina, pero en la hacienda de Jacinto Mudarra, conoció que éste consiguió créditos y se asoció con Mudarra en una nueva compañía de navíos que les llevaría el café a Europa y el Caribe. Esa tarde el presidente nombro a su tren ejecutivo. No escapaban de los análisis de Piero aquellas temáticas horas en su hacienda *El Toro* cuando de pronto una fuerte mordida alerto sus reflejos, saltó, gritó y maldijo al animal que no logro ver por más que busco en lo oscuro.

Martín formaba parte de la mano de obra que limpiaba los caminos por donde pasaría el ferrocarril Caracas el puerto. El cubano en un rato de ocio con sus cartas españolas en manos se vio perder una vez más y fue cuando comentó que se marcharía en cualquier momento de ese puerto, aunque hayan sepultado aquí la otra mitad de su corazón <<solo le quedaban los momentos finales, de sus fantasías por ella>> los ojos café de Graciela, sus centellados de pasiones y el negro cabello siempre jugando con el viento.

El Toro y sus veredas al mar, los puertos privados de las embarcaciones de Piero al exterior, tuvo que abrirlos desde que el presidente Manuel Hernández inicio su proyecto de gobierno.

Sucedía que Hernández hijo de europeos, encajó de buena manera ante la nueva sociedad, ni Piero logró pasar sobre la personalidad del ahora presidente de la Republica.

Eso llevó a Piero a vivir algunas restricciones, aunado a la ausencia en el congreso, debido a la infección que le azotaba la pierna, hasta el mejor curandero y yerbatero lo había revisado, de igual manera.

A el Doctor Medina, excelente profesor de la academia de medicina.

—Dígame doctor ¿qué es lo que me ocurre?

—Usted dice que un animal lo mordió una y otra vez. Es muy raro.

—Carajo, explíquese ¿qué es lo que le párese raro? —preguntó agitado.

—¡Está gangrenado señor! Ya debería usted haber muerto —fatalizó el galeno.

Benigna fue la vigilia que Rosa Montoya escogió, majadera la idea de salvar al patrón. Improvisaron un altar para realizar una sesión espiritista, por petición de un viejo curandero que vociferaba —puedo curarlo. Frente al altar rezaban, Rosa y su marido pancho, repetían el llamado de un espíritu. De pronto cambió la voz del viejo y otra más aguda se dio ceremonia de carácter extraordinario.

Piero jamás vio a un hombre tomarse una botella de miche sin siquiera respirar, para culminar con tanta fuerza en los ojos. Miró a Piero y concurrió en duda.

—¿Quién eres tú? —el enfermo respondió y de igual modo le pregunto quién era.

Ciertamente se identificó aquel espíritu que usaba la humanidad del brujo, entonces esto fue lo que dijo.

—Mañana estarás más decrepito que hoy y toda tu sangre arderá, y aquel que trate de ayudarte fracasará pues tu causa está perdida.

Piero en un arrebato lo sujetó por el cuello para batirlo contra el suelo.

—¡No haga eso patrón! —gritó Rosa.

—¡Ese infeliz, tiene muerta la carne, él no puede curarme!

El viejo yacía sobre el suelo, pero luego que la fuerza espiritual que lo mantenía sometido se marchó, Rosa acudió a levantarlo mientras pancho sostenía al patrón.

—Deja que los muertos entierren a sus muertos —dijo el viejo con su último aliento refraneando contra Piero.

Los despilfarros de la hacienda pública y un proceso que debió hacerse unos meses atrás, se hicieron del conocimiento de la comisión de finanza integrada por los diputados y nuevos ministros. El desfalco más alarmante, fueron la adquisición de bonos “aire” en el marco de capitales nacionales, implementando instrumentos de rentas y otros conceptos, tales como títulos de nombres.

De la superintendencia nacional de valores corrían papeles a las casas bancarias apostando a riesgo el precio mundial de la madera, el café,

la sal, el maíz, el estaño, el carbón. Todo esto sin regularizaciones del Estado. Por otro lado no existen registros del resguardo por las piezas de oro que representan la reserva nacional, eso podría generar una catástrofe financiera por no manejar liquides.

Otro de los malos manejos contemplaba la expropiación de la Hacienda *La Celestina*, con todo un considerando que la involucraba en actividades que atentaban contra la integridad de la nación.

La ausencia de Piero en sus funciones generó el debate en el congreso, y se planteó su incapacidad, esa misma mañana. El presidente Hernández propuso al congreso dividir el poder supremo, también se trató el tema de los plazos vencidos por los empréstitos con el extranjero y el boletín enviado exigiendo la cancelación de la deuda. Los bonos impagables incrementaban intereses que ya no eran responsabilidad de Venezuela. A esto el partido liberal sumaba su discurso.

—Hoy por hoy Venezuela ha alcanzado considerables mejoras en su economía, el precio del café se incrementó, así como el cacao, pero el auge fue la exportación pecuaria, está permitió en los últimos meses los ingresos para el mejoramiento de la cosa pública.

El presidente Hernández había alcanzado uno de los principales objetivos del nuevo gobierno. Modernizar la armada con fusiles alemanes, cañones rápidos, y otros pertrechos. Esto fue determinante para la liquidación de revueltas en el país.

Por su parte Piero se sentía despojado del poder, pero pensara y meditara lo que quisiera, ya no podía más con su desmembrada pierna. Aquel hombre de mediana estatura, gruesa barba gris, con una marcada calvicie en el centro de su cabeza, de tez blanca y apasionado por el tabaco, el brandy y las damas, anduvo con su revólver en el bolsillo de su levita esperando al siniestro fenómeno maldito que le mordía la pierna cuando caía en descuido. Empuñó su revólver; un hombre que eligió su propio destino para recorrerlo amenazado con su propia fatalidad, un hombre sin temor a la muerte, que obtuvo todo en la vida, lleno de su carácter impredecible y arrastrando su extremidad sangrante echó de un empujón la puerta del cuarto de Rosa Montoya, quien se encontraba acostada al lado de su marido.

—¡Rosa Montoya! —le gritó imponente <<hizo el efecto de una ventana que revienta>> — vengo a que me digas ahora mismo quien me ha estado mordiendo todo este tiempo.

—¡Patrón! gritó Pancho asombrado, ante aquel decrepito hombre.

—Ciertamente lo sé Patrón.

Afuera, los ladridos de tau acuchillaban la noche, una mirada llena de todas las fuerzas imponía la angustia en Rosa. Se proyectaba en aquello, un no sé qué siniestro, <<aquel hombre se encontraba indiscutiblemente llamado por el infierno>>

—Si lo sé patrón —repitió dejando oír un tono de voz que temblaba, y continuó. Cada palabra que nacía de su boca venía empujada por otra más lenta.

—El diablo le va a provocar la muerte sin que nadie pueda hacer nada para evitarlo.

Ante aquella respuesta tan clara, salió del lugar y precisamente como un alma que se lleva el diablo cruzo media sabana hasta llegar al cruce de triángulos <<los cuervos aleteaban entre los árboles secos y sus ramas que parecían esqueletos>> entonces un viento sopló fuerte y un olor nauseabundo y pestilente, paso de súbito.

—¡Emperador lucífugo! Maldito ser sin palabra, he venido a que me digas si tú me estas mordiendo la pierna para matarme. Yo te conozco, no hay nada que suceda y que tu no tengas tus

cochinas manos metidas. Seduces a los hombres y a los pueblos, los llenas de vicios, corrompes y ciegas, tú eres las tinieblas de las que habló Pablo el profeta bíblico, tú promueves los sentimientos humanos, la ira, la envidia, la miseria, todo te pertenece en este mundo, pero estás guardado para arder en el fuego. Y con un tono como desquiciado y totalmente fuera de control profirió, si pudiera ver tu pecho te lo cruzaría con esta espada.

La misma que empuñaba dando vueltas en su entorno, dominado por una sensación de ahogo.

—Me has quitado toda mi sangre, para nada hijo de puta. Puedes llevarte lo que consideres tuyo.

En ese preciso instante todo comenzó a arder bajo las llamas. El fuego calcino *El Toro* en su totalidad. Hasta la factoría de miche, ni un solo becerro escapó de las llamas, Rosa escapó de la tragedia con el niño Piero, el mismo que ensordeció la sabana con sus llantos, la otra mitad, la enmudeció el viejo Piero, cuando sintió venir la muerte.

Triste y preocupante se tornó la mañana siguiente, nadie sabía dónde iban a dar los días, cuando el puerto fue bloqueado por navíos de

guerra europeos, exigiendo los pagos a sus gobiernos.

El nuevo primer presidente del Congreso, Benjamín Morillo, juró encontrar la tregua para salvar la República, a pesar de que las baterías del fuerte fueron disparadas, y la tensión continuó por días. Por otra parte, Rojas Padilla, testafarro del desaparecido Piero, vio como inevitablemente aquel banco que llegó a considerar como suyo, luego que *El Toro* fuera tragado por las llamas y la penumbra.

Nunca se podrá explicar cómo la casa bancaria con mayores reservas fraccionaria, con el mayor número de transacciones, se volvió incontrolable y terminó en la quiebra y con ella muchos capitales de Caracas y las provincias.

Las finanzas nacionales no estaban preparadas para controlar y regular el quiebre de la banca y se encontró sin moneda en las arcas, el banco nacional quedó entonces arrodillado a otros bancos privados que exigían operar en un sistema libre de impuestos.

Inaudito y sin similitud en la historia, la fortuna del hombre más rico y poderoso desapareció por completo, aun así se le siguió ufanando de ser el hombre más atesorado y rico de Caracas.

Cantaron los gallos anunciando que el día iba a comenzar, volaron las gaviotas y un gris despidió el oscuro cielo. El gigante amarillo pronto saludaría al inmenso mar. Tiñendo se encontraba la mañana, unísono paisaje muestran las aguas. Martín se marchaba de las costas con tan sólo los recuerdos de Graciela, tristes tierras lejanas donde se enamoró un hombre cazador de historias de puertos.

EL TESTAFERRO DEL DIABLO

Uno de los monstruos de la idiosincracia folclórica nacional es traído por el ingenio desde el plano de lo irreal hasta la dimensión de la realidad para que explique su existencia. Ficción y sentimiento se combinan para mostrarnos el rostro de un personaje que habita en las sombras de nuestra historia.



Sistema de Editoriales Regionales

ARAGUA

Oscar Iriarte

(Maracay, 26 de febrero de 1978)



Cuentista popular. Luchador social del sector rural. Vivió por muchos años en las selvas de los estados Amazonas y Bolívar. Se ha formado literariamente a través de la experiencia y la observación. Trabaja el género literario del terror por medio de la narración breve, y la denuncia social por medio de la narración extensa. Actualmente siembra y cultiva la tierra en Ocumare de la Costa, lugar que lo adoptó como hijo hace algunos años.

IMPRESO EN TIEMPOS DE
GUERRA ECONÓMICA
CONTRA VENEZUELA

